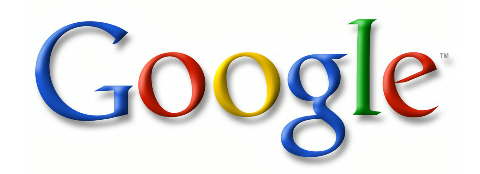
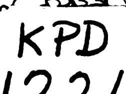
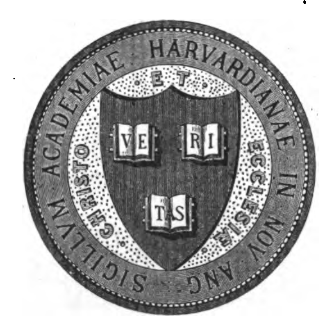
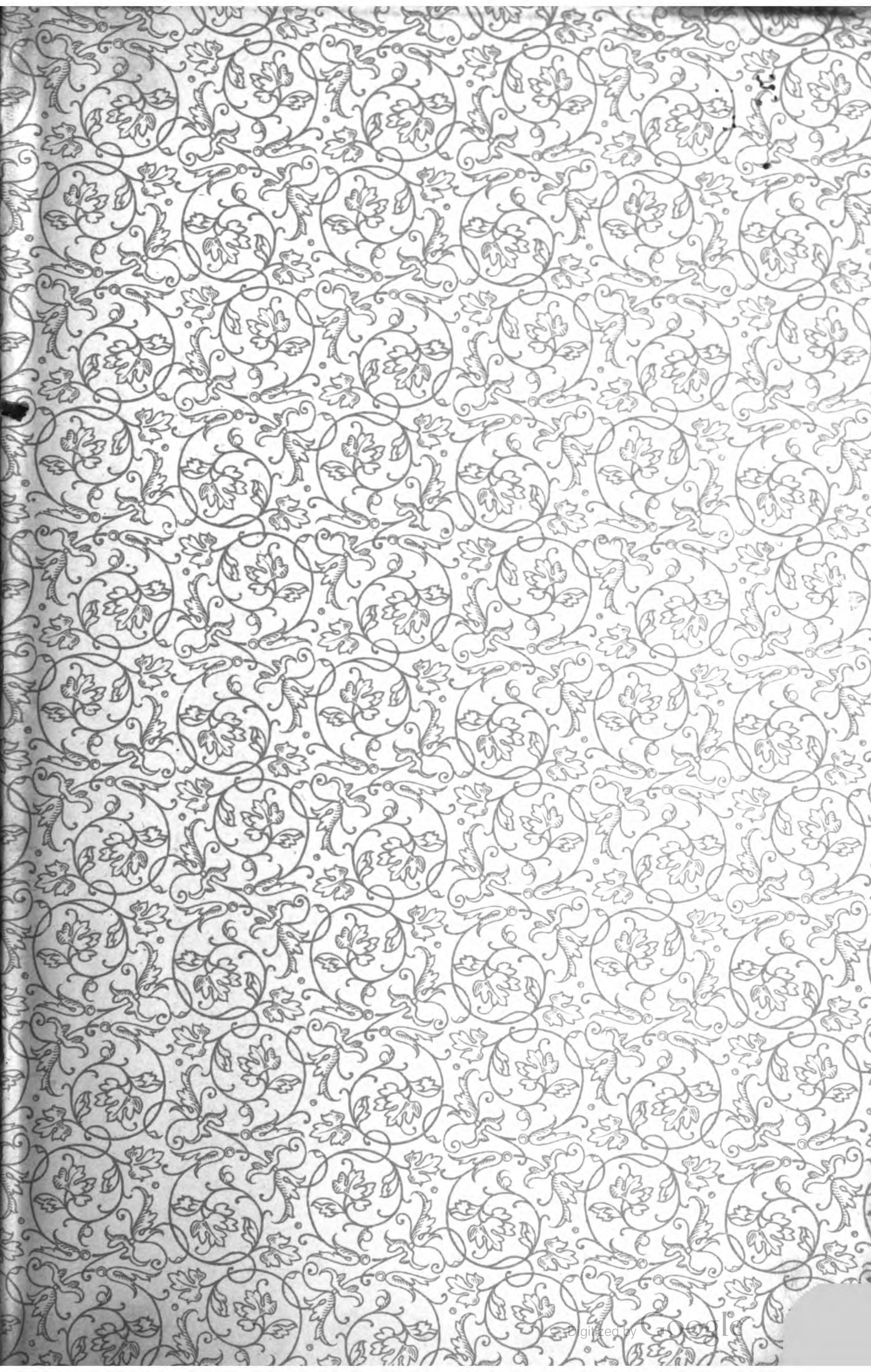



HN 2P62 W


KPD
1221


SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



BIBLIOTECA BASCONGADA
DE FERMÍN HERRÁN
TOMO II.

IPARRAGUIRRE
Y
EL ARBOL DE GUERNICA

POR

D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI,
D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER, D. RICARDO BECERRO DE BENGOA,
D. PEDRO DE EGAÑA, D. JUAN V. ARAQUISTÁIN,
D. JOSÉ DE MANTEROLA, D. JOAQUÍN CASTAÑEDA,
D. JUAN ITURRALDE Y SUIT, D. JUAN ERNESTO DELMAS,
D. ANTONIO DE TRUEBA Y D. FERMÍN HERRÁN.



BILBAO
Imprenta de la BIBLIOTECA BASCONGADA
Müller y Zavaleta, Gran Vía 24
1896

BIBLIOTECA BASCONGADA

DE

FERMÍN HERRÁN

TOMO II.

IPARRAGUIRRE

Y

EL ARBOL DE GUERNICA

BIBLIOTECA BASCONGADA
DE FERMÍN HERRÁN
TOMO II.

IPARRAGUIRRE

Y

EL ARBOL DE GUERNICA

POR

D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI,
D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER, D. RICARDO BECERRO DE BENGOA,
D. PEDRO DE EGAÑA, D. JUAN V. ARAQUISTÁIN,
D. JOSÉ DE MANTEROLA, D. JOAQUÍN CASTAÑEDA,
D. JUAN ITURRALDE Y SVIT, D. JUAN ERNESTO DELMAS,
D. ANTONIO DE TRUEBA Y D. FERMÍN HERRÁN.



BILBAO
Imprenta de la BIBLIOTECA BASCONGADA
Müller y Zavaleta, Gran Vía 24
1896

Sales fund

IPARRAGUIRRE

POR

D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI

DISCURSO

LEÍDO EN LA INAUGURACIÓN

DE LA ESTÁTUA

EL

28 DE SEPTIEMBRE DE 1890

IPARRAGUIRRE

¡Hermoso día el de hoy para las Provincias Bascongadas!

Veinticuatro horas robadas á las agitaciones, á las luchas, á las miserias de la vida, que rebajan la mente y envenenan el corazón, para consagrarlas al recuerdo, al amor, al culto del arte, que elevan el espíritu y purifican el alma!

Aun dando de mano, por ahora, á la excepcional importancia que este acontecimiento encierra, desde el punto de vista artístico y regional, bastaría la circunstancia de hallarnos aquí reunidos en fraternal comunión de ideas, palpitando nuestros corazones al unísono ideal del sentimiento, para ensalzar un acto que de tal modo une

á los desunidos de la tierra, y les lleva á celebrar, conmovidos y entusiastas, el triunfo de un genio del país.

No creáis que exagero al elevar á tales alturas á José María Iparraguirre. Si por genio se entiende al hombre superior á la generalidad de los demás por sus facultades intelectuales; si por genio se entiende la fuerza innata que crea, dirige y organiza, llegando, á impulsos del talento, á lo ideal en artes, en ese caso sería absurdo colocar á Iparraguirre en tan privilegiado lugar.

Pero, si la virtualidad del genio reside en la inspiración que se desarrolla por un instinto especial, por una gracia divina; si la virtualidad del genio reside en la exquisita percepción de la forma, en la sensibilidad del espíritu, en una maravillosa disposición natural que realiza por encanto los mayores prodigios y descubre, sin aparente esfuerzo, tesoros de belleza artística, en ese caso, yo me atrevo á afirmar resueltamente que la inauguración de la estátua de Iparraguirre

representa hermoso testimonio de admiración y cariño que rendimos todos á un genio inmortal.

Y lo grande, lo extraordinario es que, para hacerse digno de tan elevado título, ha bastado á José María Iparraguirre una obra, una tan sola, que quedará como monumento imperecedero de su fama y transmitirá su nombre, envuelto en glorioso nimbo, á las generaciones venideras: *Guernikako arbola.*

Bien sabe Dios que quisiera ser el llamado á relatar la historia del poeta y del músico; pero tengo forzosamente que renunciar á esa tarea, y temo suceda lo mismo á quien se atreva á emprenderla mañana.

¡La historia de Iparraguirre! Quién la sabe? Quién es capaz de contarla? Hay alguien capaz de escribir la biografía de un pájaro? Hay alguien capaz de seguir las evoluciones del ave, en los torbellinos de un vuelo desquiciado; de señalar las ramas donde se posó, los arroyos donde apagó su sed, los aleros bajo los cuales se cobijó en

días de tormenta, las distancias que recorrió, empujada por la brisa ó contrariada por el vendabal, los nidos que visitó, los cánticos de alegría que lanzó al aire, perdida en las alturas del espacio, ébria de libertad y de sol, y los quejidos de amargura, exhalados en tenebrosa noche, mudo el pico y arrastrando el ala, vencida por la vejez precursora de la muerte?

Tal fué Iparraguirre, ave audaz, desordenada, medio loca, que salió del nido materno á los trece años y emprendió su vuelo fantástico á través de la vida, despreocupado de todo, ignorándolo todo, con el culto de la patria por escudo, abrazado á una guitarra como amante inseparable, artista sin freno, aventurero colosal, que cantó ante el mundo entero y tuvo el mundo por escenario.

No me ciega la pasión al expresarme de tal manera. Si el público de Iparraguirre no fué siempre brillante; si su nombre no dejó huellas en las diversas naciones de Europa que atravesó ràpidamente el músico poeta; si

el reclamo lo despreció, fué porque la naturaleza del artista, naturaleza burda, ordinaria, primitiva como pocas, pero independiente y honrada quizàs como ninguna, era refractaria à los oropeles de la vanidad.

Cantaba por cantar, y cantaba para comer. Mendigo del arte, pordioseaba con grandeza, y ni había en su pedir la porfía obstinada del pobre de profesión, ni la miserable humildad del vergonzante desdichado.

De vez en cuando, la grandeza del alma despreciaba el propio infortunio y acudía presurosa al alivio del infortunio de los demàs.

Hallàbase Iparraguirre en Lóndres, sin recursos, viviendo à salto de mata, cuando, vagando una noche por las calles de la gran capital, llamóle la atención una voz que salía quejumbrosa, plañidera, de un café cantante.

Entró en el establecimiento, y divisó entre la humareda de las pipas y la atmósfera cargada del café, à un infeliz que rasgueaba una guitarra y can-

taba cruelmente, en reducido escenario.

Las desgarradoras voces del infortunado llegaban à duras penas al público, que no paraba mientes en aquella música lamentable.

Terminado el acto, hizo el cantante su colecta, y tan menguada fué, que al retirarse el pobre músico, inundó el llanto sus ojos y quedaron bañadas en làgrimas las pocas monedas de cobre que entregara la compasión.

Iparraguirre, que había seguido paso à paso la escena, levantóse de su asiento, y abriéndose lugar entre los apiñados concurrentes, subió al escenario, empuñó la guitarra, sacudió, como un león, su melena admirable, irguióse delante del público, y fijando en éste sus ojos de àguila, reclamó el silencio con imperiosa señal.

A la vista de aquel hombre extraño, robusto, fornido, de atléticas espaldas, duro entrecejo, frente ancha y deprimida, nariz aguileña, luenga y sedosa barba, y abundante y hermosísima cabellera que caía sobre los hombros en

rizos de una coquetería y de una elegancia femeninas, encuadrando la cabeza con fiereza y majestad dignas del *Moisés* de Miguel Angel; à la vista de aquel ser fantàstico, cuya mirada fascinaba é imponía, con durezas de bravucón y dulzura de apóstol, hubo en la muchedumbre un movimiento de admiración, seguido de religioso silencio.

Iparraguirre cantó; cantó con voz estentórea, con fuego y pasión irresistibles, *El árbol de Guernica.*

Y aquella música majestuosa, aquella melodía llena de penetrante unción, cantada en extraño idioma, incomprensible para todos, cayó como una ola sobre la asombrada concurrencia, que se levantó electrizada, y prorrumpió en aplausos y aclamaciones.

Después del *Guernikako arbola*, cantó Iparraguirre otro zortziko, y otro después, y después otro; y enardecido por los vítores, agotó su repertorio, en un ambiente caldeado por entusiasmos frenéticos; hirvió su alma al contacto de aquella reciprocidad

popular, y, convertidos en bascongados los ingleses, vaciaron sus bolsillos en la boina del poeta.

Iparraguirre se dirigió entonces al escenario donde el pobre cantante había permanecido lleno de asombro al contemplar aquella aparición.

Y vertiendo el contenido de la boina en el sucio sombrero del inglés, saludó Iparraguirre al público y desapareció. El inglés llevaba en su sombrero, pan para sus hijos, hogar para toda la familia.

El bascongado erró quizá aquella noche por las calles de Lóndres, durmió al raso y se murió de hambre.

Este rasgo del carácter de Iparraguirre, rasgo que he recogido por ahí, al azár como hay que recoger cuanto se refiere á su vida, revela la belleza de un alma indómita, sí, desordenada y fuera de toda regla de equilibrio y de órden, pero grande siempre, grande hasta en sus constantes extravíos.

Quien como Iparraguirre recorrió el mundo con una guitarra, enseña vi-

viente del lema de Lutero, que preconizaba el amor al vino, al canto y á las mujeres, sin noción de sentido moral, no podía someterse á las leyes por que se rigen los séres que tienen un hogar, una familia, principios que respetar, enseñanzas que propagar, necesidades á que atender.

Y no podía hacerlo aquel que debería pasar á la posteridad con el título de «El Gran Arlote», como decimos gráficamente en bascuence, y se llamaba á sí mismo el famoso poeta.

Gran arlote, en efecto, dechado de despreocupación, de abandono, de indolencia, de dejadéz, que bebía, cantaba y amaba, sin dar importancia al acto y mucho menos á sus consecuencias.

Si es verdad, como el adagio popular lo afirma, que este mundo es un fandango y el que no lo baila es un tonto, puede asegurarse que Iparraguirre se lanzó desenfrenado al baile de la vida, hasta que, torpes las piernas y anquilosadas por la vejez, harto de placeres contínuos, tuvo que dar

fondo en su villa natal y apagarse allí, en reducidísima estancia, rodeado de modesto ajuár, compuesto de un catre, un baúl y una guitarra.

De ahí arrancan todas las incoherencias, las fantasmagorías todas de de su existencia de aventurero, que comenzó con la célebre escapatoria al campo de los carlistas, durante la primera guerra civil.

Tenía entonces Iparraguirre diez ó doce años, y acudía puntualmente á la escuela municipal de Villarreal de Urrechu.

Salió de su casa un día, á la hora acostumbrada, diciendo á su madre:

—Hasta luego; voy á la escuela.

Y marchóse al campo carlista, donde ingresó como alabardero de Carlos V.

Terminada la guerra, fué á París, y hay quien afirma que, enamorado de una cantante francesa, y enamorada ésta á su vez de las admirables facultades vocales de Iparraguirre, aprendió de ella la poca música que sabía el bardo, y se dió á conocer como

cantante, llamando su voz de barítono extraordinariamente la atención.

Por testimonio de persona formal se sabe que Iparraguirre dió un concierto en San Juan de Luz, demostrando tal flexibilidad en su órgano y facilidad de vocalización tan portentosa, que ejecutó con la holgura y la maestría de una tiple ligera, el *Iru damacho* con variaciones.

Y no debe de haber exageración en este juicio, si se considera que Iparraguirre se lanzó entonces á sus correrías artísticas en compañía de la guitarra, y recorrió Europa dando conciertos.

Cuando regresó á la pátria y llegó á Bilbao, pobre el bolsillo como cuando se fué, y triste el alma, tras prolongada ausencia, atacóle inmensa nostalgia filial, hizo presa en él deseo ardiente, vehementísimo, de abrazar á su madre.

No la había visto hacía doce años, desde que se despidió de ella para asistir á la escuela de Villarreal.

Dió un concierto en Bilbao, y con

sus productos encaminóse á Madrid, donde la anciana residía.

La madre de Iparraguirre vivía en la Corte, en mísera buhardilla, mantenida por la caridad. Almas piadosas mandábanla restos de comidas y limosnas en efectivo, con las cuales pagaba el alquiler de aquel lugar insalubre.

Y aquella mujer necesitada y pobre, que vegetaba al amparo de las dádivas ajenas, recogía todavía en su desmantelada buhardilla á los bascongados sin pan ni lecho, y compartía con ellos los menguados restos que mandaba la caridad.

Averiguó Iparraguirre el paradero de su madre, subió jadeante las escaleras, paróse en la puerta y llamó.

Giró la puerta, apareció en su dintel la propia madre del bardo, fijó en ella Iparraguirre sus ojos amantísimos, abrió los brazos para estrechar en ellos á la anciana; pero una mirada severa, terrible, inexorable de ésta le detuvo.

Al ver á su hijo, después de una separación de doce años, la madre le contempló breves instantes. Y sin que

un músculo de su fisonomía se moviese, grave, inflexible, feroz, cruzó los brazos, y mirando de hito en hito al vagabundo, exclamó:

—*Joshe Mari! Au alda eskolatik etortzeko orduba?* (José María, es hora esta de venir de la escuela?)

Palabras dignas de una espartana y que revelan un alma templada en la salvaje moralidad de los antiguos euskaros.

Al escuchar aquella pregunta, Iparraguirre bajó los ojos, asustado ante la inesperada acusación. Cuando los levantó, preñados de lágrimas, como niño arrepentido que implora perdón, vió los brazos de su madre, grandes, abiertos, que lo llamaban á su seno, y arrojóse en ellos, y los dos pechos se soldaron, y el ambiente de la mísera buhardilla se purificó con el llanto del amor!...

Llego ahora á la parte más importante, á la hora suprema de la vida de Iparraguirre, al solemne momento que representa para el gran aventurero la inmortalidad.

Cuando resonaron, en fecha que no recuerdo, en las Córtes españolas, aquellos vehementes discursos de Sánchez Silva contra los fueros bascongados, discursos que azotaron el rostro de Euskaria con las violencias de una diatriba encarnizada y feróz, contestaron en Castilla las indignadas voces de Aldamár y de D. Pedro Egaña con admirables discursos, de que apenas queda hoy memoria.

Iparraguirre, en Guipúzcoa, se levantó y contestó á su vez; contestó con voz de gigante, acumuló todas las fuerzas de su espíritu. todas las energías de su alma, y se lanzó con la potencia de sus pulmones de titán, una protesta grandiosa, gritó de amor incomparable que repitieron las montañas, se extendió de valle en valle, de colina en colina, salvando precipicios y torrentes, y quedó impreso como escudo invulnerable en el corazón de todos los bascongados: el *Guernikako arbola*.

Donde la política sucumbió, venció el poeta; y la elocuencia del patricio,

la sabiduría del ser culto, las disertaciones galanas, la elegante locución del orador diestro en las lides parlamentarias, tuvieron que ceder el paso á la abrupta inspiración del ciudadano oscuro, al canto prodigioso del montañés.

La inmortalidad de Iparraguirre está ahí, en *El árbol de Guernica,* himno de pasión intensa, melodía de adoración, gemido grandilocuente de humildad y de esperanza, en cuya sencilléz primitiva parece reflejarse el temperamento de un pueblo entero, y cuyos acentos piden al amor, que une y fortifica, lo que no puede alcanzar el ódio, que divide y exaspera.

El canto inmortal de Iparraguirre tiene eso de grande: no es el canto de la ira, es el canto del consuelo; no es la convulsión de la rabia, no es, para decirlo en términos vulgares, el derecho del pataleo.

No; *El árbol de Guernica* representa algo que vuela por encima de las pasiones humanas.

Cuando la inspiración rozó con sus

alas de oro la mente del poeta, infiltró en ella el sentimiento casto, puro, inmaculado del amor.

Y á sus impulsos surgió súbitamente el himno genial, mensajero de cariño, llamamiento generoso, aviso fraternal, sublime plegaria al leño augusto que recuerda nuestras leyendas, que guarda nuestro secreto, y á cuyos piés yace enterrado el cadáver de nuestra libertad.

Se ha dicho que *El árbol de Guernica* es nuestra *Marsellesa*. No, no es cierto.

Entre el canto iracundo de Rouget y el pausado himno de Iparraguirre media un abismo.

Escuchad al primero:

Aux armes, citoyens! Formez vos bataillons!

Qu' un sang impur abreuve nos sillons!

Oid el segundo:

Eman ta zabaltzazu
munduan frutubá!
adoratzen zaitugu
arbola santubá!

(Esparce tus frutos por la tierra!
Nosotros te adoramos, oh árbol santo!)

Las exclamaciones de Rouget de l'Isle son el rugido de la venganza, el toque de somatén que inclina á la guerra y pide el exterminio.

La invocación de Iparraguirre es una tierna metáfora, el *Angelus* bascongado, que llama á la concordia y reclama la paz.

Donde el uno grita: Arriba! y á matar! el otro implora: De rodillas! y á orar!

Rouget peleaba contra el extranjero, contra el usurpador; Iparraguirre se dirigía á su propio hogar, á sus amigos, á sus hermanos.

De ahí viene, seguramente, ese matíz importantísimo que separa á la *Marsellesa* del *Guernikako arbola*, matíz honroso para el bascongado, timbre de gloria para Iparraguirre, cuya grandeza de alma, cuyo admirable patriotismo, aparecen consoladores y fuertes en su himno inmortal. (1)

(1) Quién había de decir que, tres años después de leídas estas líneas en el acto de

Ya lo he dicho ántes, y lo repito ahora; la inmortalidad para Iparraguirre está en *El árbol de Guernica.*

Registrad su obra, obra de poeta y de músico. Encontraréis en ella, pequeña como lo es y no exenta de lunares, una joya de ternura filial; el zortziko *Adios, nere biotzeko, amacho maitia!* (Adiós, madrecita de mi alma!) adorable inspiración que tiene el perfume de un sentimiento infantil; y el canto *Zibillak esan naute biziro egoki.* (Los guardias civiles me han dicho con buenos modos), lamento humilde y resignado del preso que busca en el recuerdo de su madre consuelo á la

---

la inauguración de la estátua de Iparraguirre, habría de alcanzar *Guernikako arbola* inmensa resonancia en toda la nación!

Los tristísimos sucesos que se desarrollaron en la capital de Guipúzcoa, en la noche del 27 de Agosto de 1893, dieron al himno de Iparraguirre un carácter de actualidad palpitante y lo propagaron, puede decirse, que por todos los ámbitos de España.

Y al inspiradísimo canto euskaro se debió la terminación de aquellos sucesos que ensangrentaron las calles de San Sebastián.

(Diciembre de 1893.)

aflicción, pensando en las lágrimas de la anciana y enjugando con ellas su propio llanto.

Pero, con ser estas composiciones dos perlas del génio de Iparraguirre, no tienen, no pueden tener la significación de *El árbol de Guernika*. En aquéllas, palpita sólo el corazón del poeta; en ésta, uniéronse el poeta, el patriota y el músico, para hacer latir en unísono los corazones de todos los bascongados.

Dos grandes amores iluminaron siempre la agitada existencia del bardo: el amor á su madre y el amor á la pátria, y bastaría tan sólo el himno imperecedero que nos ha legado, para redimirle de sus constantes extravíos, para idealizar su figura, y señalarnos el camino de amor que habrá de consolidar nuestros afectos y animarnos y fortalecernos para lo porvenir.

Iparraguirre nace hoy para la posteridad. El Ayuntamiento de Villarreal de Urrechu le ha erigido una estátua que acabamos de descubrir solemnemente.

Gracias sean dadas á esta pobre cuanto modesta corporación municipal que tan alto ha subido al honrar el génio del poeta, y á la cual todos los hijos de Euskaria deben tributo eterno de gratitud y estimación.

Las dádivas de amigos y admiradores han labrado á Iparraguirre el pedestal de su gloria.

Bien hayan esos amigos! bien hayan esos admiradores!

Su obra es grande, es bella y es útil; grande, porque eleva al pequeño; bella, porque enaltece al país al perpetuar la memoria de uno de sus hijos, y útil, porque queda como luminoso faro de amor para futuras contingencias.

Fijad los ojos en esa estátua. No es el guerrero, no es el conquistador, no empuña su diestra ninguna arma homicida; no es el sábio, no veréis en torno suyo ningún instrumento de la ciencia; no es el artista de fama mundial, ídolo de públicos, ébrio de aplausos, rico y poderoso quizá; no bus-

quéis en su frente el laurel, ni á sus piés la lira.

Es el pobre hijo del pueblo, el campesino humilde, el desheredado, el pária. Calzado con toscas abarcas, vestido con el ordinario calzón, la faja de estambre y la camisa de lino del montañés, sostiene una azada su diestra mano y lleva en su izquierda la guitarra. *Omnia mea mecum porto!*

Después de sus peregrinaciones por el mundo; después de su odisea errante, erizada de aventuras; después de una vida de despreocupaciones, abandonos é inmoralidades, incoherente y confusa, extraña, desquiciada y simpática á la vez, mezcla informe de extravíos odiosos y de sublimes abnegaciones, Iparraguirre descansa al fin.

Su valle natal le ha recogido; sus amigos le han colocado en medio de las fragosidades del monte que robustecieron sus pulmones y le enviaron quizá el poder de la inspiración.

Aquí está bien; está en nuestra casa y entre nosotros. Si somos pocos, si somos los ménos, será por eso ma-

yor nuestro cariño, y concentraremos en su hermosa y característica figura el amor á nuestra pátria, á nuestras costumbres, á nuestro pueblo, á las tradiciones y á los recuerdos de nuestra raza.

En el eterno vaivén de las cosas humanas, en el contínuo tejer de la política, hoy caerá lo que se levantó ayer, y mañana surgirá lo que destruyó el pasado.

Lo falso y convencional dejará, como siempre, paso deleznable y efímero, y el tiempo reducirá quizá á cenizas monumentos soberbios erigidos á la mentira y á la vanidad.

Pero Iparraguirre queda para siempre; queda, porque es la verdad, el verbo del pueblo euskaro; queda, porque ha encarnado en *El árbol de Guernika* la santidad de nuestro duelo, la esencia de nuestras aspiraciones, la sustancia de nuestro sér.

El himno que encierra la sávia de un pueblo se oirá mientras ese pueblo exista; se transmitirá de generación en generación, como un legado del al-

ma; predicará, con él, sueño ideal de paz y concordia universales, y quedará perdurable aureola, ciñendo la frente de Iparraguirre, con todos nuestros amores, con todas nuestras esperanzas.

Iparraguirre es esperanza y amor. Amemos y esperemos. Nuestra cruz de Constantino está en el *Guernikako arbola. In hoc hymno vinces!*

De este modo, extrayendo del recuerdo del poeta la fuerza necesaria para esperar y amar, nos haremos dignos de la obra que nos ha dejado; honraremos su memoria; propagaremos su evangelio. y conseguiremos, ¡quién sabe? que la inmortalidad de Iparraguirre sea preludio de nuestra futura redención!

IPARRAGUIRRE

Y

EL ARBOL DE GUERNICA

También vió la luz primera, nacido el 12 de Agosto de 1820 y bautizado el día siguiente en la iglesia parroquial de San Martín. Su padre, aunque natural del caserío de Egoenecoa, en Idiazábal, tenía una confitería en la calle Mayor de Villarreal, núm. 10.

A los cinco años, Iparraguirre fué llevado á la villa Cerain, al lado de su tío, que era maestro de escuela. Allí estuvo hasta la edad de once años que pasó á Vitoria para estudiar el latín. El año siguiente, sus padres se trasladaron á Madrid, á donde les siguió

Iparraguirre, y allí, por recomendación del P. Unanue, ingresó en el colegio de San Isidro.

Pocos días después ocurrió la muerte de Fernando VII, y el niño Iparraguirre, exaltado sin duda por las observaciones que oía en su casa, tomó la atrevida resolución, sin consultarla con nadie, de volver á su país, y se fué á pié hasta la casa de su tío, que, como hemos dicho, residía en Cerain. Este buen tío, en castigo y enmienda de su escapatoria, le mandó hacer exámen de conciencia y le envió á Lazcano á confesarse con un fraile carmelita conocido suyo; pero ya había principiado la guerra, y á la mitad del camino Iparraguirre encontró á carlistas y cristinos, que se estaban batiendo, y para huir de ellos se refugió en la choza de un pastor, donde pasó la noche.

A la mañana siguiente se dirigió á San Gregorio de Alasín, donde habían pernoctado los carlistas, y sentó plaza en las filas. Súpolo su tío, fué á buscarle y le llevó á su casa; pero al mes volvió á escaparse, y entró de volun-

tario en el primer batallón de Guipúzcoa, cuando apenas había cumplido los trece años. En la sangrienta acción de Arrigorriaga, recibió una herida leve en la pierna, y en el famoso ataque del puente de Castrejana, una bala le dió en la culata de la carabina mientras estaba apuntando, la cual le produjo una fuerte contusión en la cara. Pocos días antes de la batalla de Mendigorría, donde recibió una contusión en la cabeza y estuvo apunto de caer prisionero, el comandante general le nombró cadete de uno de los batallones que militaban á sus órdenes. Ocho días antes de la muerte del general Sagastibalzu, Iparraguirre fué destinado á la guardia de alabarderos creada por Zumalacarregui.

A la terminación de la guerra, Iparraguirre emigró á Francia donde aprendió el francés y un poco de música, y como tenía buena voz y hermosa figura era muy buscado y aplaudido en su carrera de cantor ambulante. En Lyón, gracias á la recomendación del general Cabrera, y en París

por la protección del Marqués de La Rochejaquelin, fué muy obsequiado y cosechó abundante dinero. En tiempo del Imperio, los republicanos le hacían cantar la Marsellesa, lo cual producía gran entusiasmo, y algunas veces ocasionó riñas entre republicanos é imperialistas; de resultas de lo cual, el gobierno francés lo expulsó del país. Dirigióse á Lóndres, calculando que con motivo de la Exposición Universal, habría allí muchos españoles que podrían gustar de sus cantos. Un día que en un concierto cantaba una canción bascongada en estilo tirolés, se le acercó el General Mazarredo, le dió un apretón de manos y le prometió interesarse con el Embajador español para lograr su indulto; y efectivamente, á los pocos días se le entregó un pasaporte para que pudiera volver á su pátria. Hizo la travesía de Inglaterra á España en un bergantín que estuvo á punto de perderse antes de llegar á Santoña. Pasó de allí á Bilbao, donde fué recibido con grande agasajo, por la juventud vizcaína.

»En aquella época no sabía lo que »eran fueros—dice con muchísima ingenuidad el vate guipuzcoano, en una »carta suya que tengo á la vista—y un »jóven ilustrado me explicó lo que »significaba el *arbol de Guernika*. Me »entusiasmó, y aquella misma noche »canté lo que más tarde ha cantado »todo el pais.» El elogio que por aquel entónces hizo de él en *La España* el Sr. D. Pedro de Egaña, valieron á Iparraguirre mucha popularidad y mucho dinero, pero le sucedió en Vizcaya lo que le había sucedido en Francia. Recorriendo el país, su simpática figura, su hermosa voz, la vehemencia y el sentimiento con que se expresaba, exaltaban los ánimos, produciendo un verdadero entusiasmo en cuanto le oían. El gobierno creyó que esta peregrinación podría ser peligrosa para el órden público; le hizo prender por la guardia civil y le desterró de estas provincias.

Continuó Iparraguirre su vida de trovador errante por Asturias y Galicia; pasó luego á Portugal, y á los tres

años volvió á su país, donde fué muy bien recibido y agasajado, hasta por personas de tan elevada posición como el General Lersundi. Iparraguirre ha sido siempre pobre, aficionado á la vida vagabunda de los antiguos trovadores, pero siempre fué honrado, jamás mereció ni una ligera corrección de sus superiores, ni ha dado pretesto á la menor acción de la justicia.

....

Notará V. en estas composiciones (se refiere al *Guernicaco Arbola*) que su compás es de cinco por ocho, que no he visto usado sino en estas provincias. Es difícil que, siendo yo lego en la materia, le haga comprender lo que es este compás, pero oigo decir que se aproxima á nuestro tres por cuatro, precipitando un poco el movimiento.

El efecto que esta canción produce en los vascongados es imponderable.

....

La oí por primera vez en una serenata que me dieron en Bilbao los que tenían conocimiento de que yo había

defendido los fueros en una série de artículos publicados en el *Diario de Barcelona*, y después coleccionados en folleto. Confieso que me impresionó profundamente. Hay en su música algo que llega al fondo del alma y le arranca lágrimas de dolor y gritos de entusiasmo. Es melancólica como el acento de una madre que acaricia al hijo cuya vida vé en peligro; pero de la madre cristiana, á quien el dolor no arranca nunca gritos de desesperación. En sus notas de entusiasmo hay algo de misterio que nos recuerda el canto de los mártires que iban, resignados y valerosos, á morir por la fé que inflamaba sus almas. A cada estrofa, la multitud que había permanecido silenciosa, interrumpía el silencio de la noche con gritos entusiastas; y, sin duda por estas manifestaciones, que nada tenían de subversivas, la autoridad prohibió que se tocase ó cantase el *Guernikaco arbola* en los sitios públicos, siendo yo causa inocente de que se privara de este desahogo al pueblo más fácil de gobernar, por ser el ménos dispuesto

á las transgresiones de la ley y al desacato á la autoridad.

Iparraguirre, impulsado por este espíritu aventurero que dió tantos hombres célebres á su país, fuése á América, estableciéndose en una de las repúblicas del Río de la Plata; cuando ya todo el mundo le consideraba muerto, se recibió una carta suya, fechada el 4 de Marzo de 1877 en Costa del Arroyo El Dacá, dirigida á sus amigos de Guipúzcoa, en la cual se lee «Me dicen V.V. que les pinte mi ver»dadera situación: hace 18 años me ca»sé en la ciudad de Buenos Aires, en la »Iglesia de San Ignacio. Á los pocos »meses, vine á esta república y me »agradó más por ser más pintoresca y »sobre todo más montuosa (siempre »me han gustado las montañas.)»

»Tengo seis hermosas niñas y dos »varones; el mayor tiene 16 años y el »menor un mes..... (¡no se asusten!); »de las niñas, la mayor tiene 12 años. »En todo este tiempo, he presenciado »siete ú ocho revoluciones, sin mez»clarme en los disturbios del país,

»¡suspirando siempre por mi amadísi-
»ma tierra! He tenido buenas habita-
»ciones, que para nada me han servido,
»porque no tenemos un año bueno,
»pudiendo decirse que hemos sufrido
»las siete plagas; de manera que ten-
»go muy cortísima fortuna, recolecta-
»da en Buenos Aires y en el Paraguay.
»El Sr. Romero Giménez, director del
»*Correo Español*, que hace cuatro me-
ses y medio que está preso en un bu-
»que de guerra por cuestiones políti-
»cas, fué el noble y generoso iniciador
»de la suscripción en mi favor que me
»produjo algún dinero.»

Esta suscripción de sus compatriotas y de algunos extranjeros, permitió á Iparraguirre volver á su país natal, precisamente cuando éste acababa de sufrir la calamidad de una guerra civil de tres años, y el inmerecido castigo de la pérdida de sus amadas libertades. Sin hogar y sin familia, porque dejó la suya en América, quizás desilusionado, viviendo de la generosidad de unos pocos amigos que no le desampararon en su desgracia.

¿Será posible que la noble Euskalerría, aun en medio de su ruina y desdicha, no pueda mitigar las tristezas de la vejéz de aquel á quien debe el único consuelo que hoy le queda en medio de su dolor, que es desahogar las penas de su corazón cantando el amor que en él anida, aún ardiente, simbolizado en el *Arbol de Guernica*.

JUAN MAÑE Y FLAQUER.

1879.

El Oasis, (tomo II—páginas 358 á 372.)

La reaparición de Iparraguirre

¡Iparraguirre!

Acababa de terminar la insurrección carlista, y entre los jóvenes que figuraban en Vitoria manejando, ora el fusil, ora la pluma, se hallaba Julián Becerro de Bengoa, hermano de Ricardo, el cual, en plena guerra civil, al ver que ésta continuaba con más furor entre hermanos, se había marchado á la República del Uruguay á buscar fortuna con su título de Licenciado en Filosofía y Letras y su genio atrevido y emprendedor.

Los que aquí quedamos tuvimos, poco después, que sufrir la avalancha antifuerista que había condenado á muerte nuestras venerandas instituciones forales. Pero, es claro, como

no hay nada que avive tanto el amor como la enemiga á las cosas amadas, á medida ó en proporción al vigor del ataque era el entusiasmo que mostrábamos los fueristas.

La campaña que entonces sostuvimos, sobre todo en aquel inolvidable *Porvenir Alavés* y en *La Paz*, está en la memoria de muchos.

En aquellos momentos nos empezó á servir de lema de unión fuerista el canto titulado «El Arbol de Guernica», y, naturalmente, al pensar en el inspirado himno, recordábamos al autor, ó, por lo menos, su nombre, los que no le habíamos conocido personalmente.

En tales momentos, fué cuando Ricardo Becerro de Bengoa hizo publicar en *La Paz* del 16 de Septiembre de 1876, la primera noticia de que Iparraguirre vivía al envíar á este periódico su composición; después encargó á su hermano Julián que le buscara. He aquí el suelto y la poesía:

IPARRAGUIRRE

El inspirado trovador vascongado cuyo nombre acabamos de escribir, y á quien tiempo hace dábamos por muerto, ¡vive todavía!

Un vascongado, tan respetable como querido de nosotros, nos proporcionó ayer mismo noticias y detalles de la vida del pobre bardo euskaro, cuyos cantos hicieron latir tantas veces de entusiasmo el corazón de los vascongados, que hoy sólo guardaban de él una memoria querida.

Juan Bautista Iparraguirre vive aún en la República Argentina, departamento de Mercedes, en compañía de su mujer, un hijo de quince años y dos hijas menores.

Iparraguirre, siempre en lucha con la fortuna, no ha conseguido, á pesar de su laboriosidad, que la suerte le sonría. Dedicado en América á la ganadería, lejos de prosperar, se

halla casi arruinado y sin esperanza de mejorar su suerte.

En cambio, conserva entero su corazón, rico siempre en nobles y patrióticos sentimientos; suspira sin cesar por la tierra vascongada, recuerda á su pueblo natal de Urréchu; y, siempre artista inspirado y poeta de sentimiento, envía los acentos de sus cantos á los jóvenes de Villarreal, á quienes dedica una tiernísima composición, en la cual, entre las estrofas del más dulce sentimiento, vierte consejos saludables y muéstrase su patriotismo de buen español y excelente vascongado.

El inspirado autor del popular *Guernikaco Arbola* no alude para nada en esa composición, que es de fecha bastante reciente, á la guerra civil que á la sazón desolaba nuestro país, ni tampoco se refiere á las libertades vascas, cuya desgraciada suerte no conocía á la fecha de esa composición; pero el hombre desengañado vierte cariñosos consejos, combatiendo la emigración vascongada á América;

señala patrióticamente á Cuba como el puesto de honor para los hijos de Churruca, y, después de dedicar sentidos y elevados recuerdos al país vascongado, termina haciendo votos porque sus huesos descansen un día en su pueblo natal.

Tan tierna, tan dulce, tan bien sentida y á la vez tan patriótica, es esa última composición de Iparraguirre, que nos apresuramos á dársela á conocer á nuestros lectores, acompañada de la traducción de las estrofas, para que también sea conocida, aunque muy desventajosamente, por no ser fácil la versión al castellano de la belleza y gracia que le presta el idioma vascongado, por los que desconocen esta lengua:

NERE ERRICO GASTEARI

I

Villareal de Urréchu
nere erri maiteá,
seme bat emen dézu
amorior beteá.
Nai baña, ¿no la icúsi?
Au da lau tristeá,
zuretzat naidet bici,
Urréchu nereá.

II

Bi milla eta seirégun
legúa badirá
Montevideotican
Eúscal errirá.
Naiz esperantzétan
etórri baguerá,
aurreratasun igabe
urtiac juan dirá.

III

Bai, nére adisquidiac,
bearda pensatú,
suretzac Americac
nola dau mudatú.

Iñorc emen ecin du
lamican billatú
orain datorrenári
bear zayo damutú.

IV

Gañerá izandégu
emen ere guerrá
gure zóri onéan
paqueá eguin dá
banan guerrac ondóren
dacar dictadurá
Don Lorenzo Latorre
nagúsi degulá.

V

Ez bada, ez etórri
gaur lur oneterá,
il edo bici obeda
juatea Habanará.
Au da gure bandera
Ezpañaren, onrá,
churrucaren semeac
ara juango guerá.

VI

Agur, adisquideac,
icúsi artean
zuenganatu conaiz
egunen batean.

Esperantzaten bici
nai det bitartean
guero ezurrac utzi
nere lur maitean.

IPARRAGUIRRE.

(Traducción.)

A LOS JÓVENES DE MI PUEBLO

I

!Oh Villarreal de Urréchu, mi pueblo querido! Aquí tienes un hijo que te ama con todo su corazón. ¿Pero cómo podré volver á verte? Esta duda me entristece; pero de todos modos, ¡quiero vivir para tí, mi querido Urréchu!

II

Lo menos 2.600 leguas hay desde Montevideo á la tierra vascongada, y sin haberse realizado mis esperanzas de tornar á ella, he perdido todos los recursos con que contaba para realizarlo.

III

Es necesario, mis queridos amigos, convencerse de que América ha cambiado completamente para nosotros. Aquí nadie encuentra ya dónde trabajar con fruto, y todo el que ahora viene no tarda en arrepentirse de haber venido.

IV

Además, hemos tenido aquí guerra, y aunque felizmente se ha restablecido la paz, la guerra ha dejado tras sí la dictadura que ejerce el presidente D. Lorenzo Latorre.

V

No vengais, no, á esta tierra. Para vivir ó morir, más vale que vayais á la Habana. Allí está nuestra bandera, allí está la honra de España, y allí debemos ir los hijos de Churruca.

VI

Adiós, amigos míos, hasta que nos veamos, pues algún día iré á reunirme con vosotros. Con esta esperanza viviré entretanto, y después iré á dejar mis huesos en nuestra tierra querida.

Eramos pocos los vascongados que enardecíamos la campaña, pero hay que confesar que éramos activos, y que nuestras manifestaciones, de un género ú otro, llegaban á todos sitios y también llegaron á San José, República del Uruguay, donde vivía Julián Becerro de Bengoa, y en momento bien oportuno. Este, haciendo una visita de instrucción pública por los

pueblos del Uruguay, se paró á descansar, después de larga jornada á caballo, en un bohío ó rancho, y contempló desde la parte afuera de la ventana una habitación pobre y súcia, dentro de la cual había varios chicos y mujeres y un anciano de luenga y blanca barba, que se hallaba tocando la guitarra y cantando. Ocurrióle preguntar quién era el dueño de aquella estancia, y como oyese el nombre de Iparraguirre, replicó que de dónde era, y al oír que de Guipúzcoa, le ocurrió si sería el autor del Guernica, que se hallaba ya perdido y olvidado para los vascongados de España. Acaso no le hubiera ocurrido semejante idea á no estar frescos aún los recuerdos de nuestras campañas fueristas, que habían llegado á su conocimiento por nuestras publicaciones. Habló con él, se convenció de que era el mismo que había sospechado, y le faltó tiempo para escribírselo á su hermano, Ricardo Becerro de Bengoa, que se hallaba en contínua y constante correspondencia conmigo, y

que inmediatamente me lo comunicó. Entonces empezó nuestra campaña para traerlo á España, y, gracias á la magnanimidad de los españoles residentes en América, Iparraguirre volvió á pisar su país, siendo saludada su venida con el siguiente artículo que publicó en mi *Revista de las Provincias* Ricardo Becerro de Bengoa, y que reprodujo toda la prensa vascongada; pero poco ántes se había publicado en *La Paz*, periódico que tanto había contribuído á la venida de Iparraguirre, el siguiente entusiasta llamamiento:

IPARRAGUIRRE

La Euskal-erría debe extremecerse de gozo al saber que dentro de pocos días estará entre nosotros el bardo entusiasta, el inspirado poeta vascongado, aquél que, con armoniosa y potente voz, acompañado de su inseparable guitarra, iba, como los antiguos trovadores, cantando de fiesta en fiesta, de romería en romería, electrizando á la concurrencia, lo mismo en el escenario de un teatro que en la verde montaña, comunicando á sus numerosos oyentes el

entusiasmo que él sentía, y haciendo á veces que el llanto mal comprimido se desbordara cual impetuoso torrente que rompe su dique.

¿Qué placer, qué dicha puede igualarse á la que experimentará el insigne autor de ese sublime canto, de ese himno de nuestras libertades, del Guernicaco Arbola, cuando pise esta tierra tan cantada por él y tan suspirada en varios de sus zortzicos, y no ha mucho en los sentidos versos que dedicó á los jóvenes de Villareal de Urréchu, su pueblo natál.

Iparraguirre vuelve pobre; la fortuna no le ha sonreído, ni mucho, ni poco; pero su alma es rica en sentimientos de amor á su país, y este amor, lejos de entibiarse con tan prolongada ausencia, aún es mayor ahora, si cabe.

El 20 del corriente mes desembarcó en Burdeos, procedente de la República Argentina. Según noticias, los vascongados residentes en aquella ciudad le obsequiaron mucho, y sería inferir una ofensa el pensar siquiera que Guipúzcoa y su capital no recibirán dignamente al popular cantor vascongado.

Sus esperanzas se han realizado. El hacía votos porque la Providencia le dispensara la inmensa felicidad de volver á su *erri maitia*, y al fin le ha escuchado.

De mañana á pasado se le espera en esta ciudad.

El país está de enhorabuena, y particularmente el laborioso escritor D. José de

Manterola, quien podrá enriquecer su «Cancionero Vasco» con nuevas y más brillantes composiciones.

La Paz, 24 de Octubre de 1877.

He aquí el artículo de D. Ricardo Becerro de Bengoa, del 15 de Octubre de 1877:

IPARRAGUIRRE

RECUERDOS

Cuantos conocen la historia contemporánea del país vascongado, saben que en la tierra de los verzolaris y coblacaris, donde multitud de caseros son bardos improvisadores, donde la hermosura y los ecos de los valles hacen de las sencillas gentes de la montaña poetas y músicos, ningún cantor popular, ni ningún poeta natural, ha representado tan fielmente la fisonomía de ese pueblo como el inmortal Iparraguirre. Llámole inmortal porque aquél cuyo nombre repiten y repetirán con cariño los vascongados, aquél que ha legado á nuestra generación los más populares y entu-

siastas himnos musicales, que las generaciones venideras entonarán en coro mientras quede un recuerdo de la libertad eúskara, inmortal es de hecho, pues así lo proclaman por todos los lugares del mundo los hijos del Pirineo vasco, en cuanto, aun en las regiones más apartadas de él, se reunen dos tan sólo á hablar de su país.

Ha pasado por muerto Iparraguirre durante muchos años; tan escondido y silencioso le tenían sus propias desventuras en las solitarias orillas del Río de la Plata. Pero gracias á la propaganda de la confraternidad eúskara, que inició y viene sosteniendo el apreciable periódico madrileño *La Paz*, cuyos números se leen con avidez en las Américas, un amigo dió la noticia en las columnas de ese diario, de que el poeta vivía; y poco después tuvimos el placer de leer en ellas varias composiciones, que desde aquellos lejanos climas enviaba, saludando á su querida tierra. Pocos vascongados hubo que no sintieran un placer

inmenso al saber que aun cantaba al árbol santo de Guernica el que un día le dedicara el admirable himno, que entusiasma á todos los corazones de nuestras montañas. La noticia corrió de boca en boca; y se recibió como una enhorabuena en el país.

Entonces, hará un año próximamente, tuve ocasión de enviarle una cariñosa visita. La guerra civil, hundiendo radicalmente las seguras esperanzas de mi pobre casa, y de mi amante madre, hizo que mi familia dispersara. Mientras mi hermano Manuel iba á morir en la Trocha de Cuba, defendiendo el nombre de España, otro hermano, Julián, ante lo obscuro y triste del porvenir, terminada su carrera, marchó á sentar su cátedra de Filosofía, allá donde en la América del Sur, encontrara un pueblo amigo que le abriese los brazos. Supe que en el territorio uruguayano podía aproximarse á Mercedes, donde Iparraguirre vivía, y le rogué que á su paso por aquellos territorios le visitara y saludara en

nombre de la tertulia literaria vitoriana, que tanto estima y admira su memoria. Así lo hizo, no en persona, sino por medio de una cariñosa carta, y al cabo de muchos meses, tuve la incomparable alegría de recibir una larga epístola, y una nueva composición del poeta.

Cópiolas á continuación, y guardo los originales como preciosos papeles, que he de regalar á la Diputación de Guipúzcoa. La carta dice así:

«Mis queridos é inolvidables paisanos D. Julián y D. Ricardo Becerro de Bengoa, D. Sotero Manteli, don Daniel de Arrese y D. Fermín Herrán.

Costa del Arroyo El Dacá (cerca de Mercedes) 4 de M... de 1877.

Siempre he creído en los ángeles de la tierra; y la manera misteriosa y peregrina de cómo ha llegado esta apreciable y atentísima carta, me fortalece en esta creencia. Parece que el mayoral de la diligencia de San José dejó recomendada la carta en una casa de negocio de la campaña; y dos angelitos, que el mayor apenas ten-

drá diez años, han troteado seis leguas con sus caballitos y la han entregado á un discípulo mío, hijo de vascongado; y este último con su caballo brioso á rienda suelta ha venido á traérmela.

Ayer ha sido un día de fiesta para mí, para mi familia y para mis amigos. Principiaré por darles á ustedes algunos cortos detalles biográficos de mi juventud.

SU AUTOBIOGRAFIA

El año 1832 mis padres me llevaron á Vitoria á estudiar gramática latina en el Campillo, siendo rector el severo Sr. Izaga; á principios del 33 pasé á Madrid y estudié algunos meses en San Isidro el Real, regentado por los R. P. Jesuitas. A la muerte de Fernando VII tomé las de Villadiego, y, como Dios quiso, llegué á las montañas eúskaras, y sin más opinión que el amor á mis paisanos, senté plaza de voluntario, primero con Iturriza, aunque después pasé al batallón de D. Joaquín de Alzáa; más tarde fuí

guardia de honor de D. Carlos, hasta la terminación de la guerra.

Cuando emigré á Francia estaba en la flor de mi edad; (tenía 19 años). Por recomendación de una señora noble y distinguida, pasé un año en casa de un señor, noble también, pero con ideas muy liberales; en su compañía aprendí el francés, y leí algunos libros de poesías de Lamartine, Chateaubriand, Lamennais, etc., á lo que se redujo mi poco saber. Después, el afán de viajar me llevó á París y á Lyon, y continué mi peregrinación pasando y repasando los Alpes, por el monte Cenís, el San Gottardo, el Tyrol y otros puntos: tuve también la curiosidad de subir al famoso panorama del Righí; que, según los turistas, es la vista más pintoresca de Europa. ¿Creerán ustedes que el amor á mi país me hacía soliloquear en nuestra noeniana lengua Eúskara? Pues sólo así se comprende el que no haya olvidado nuestro filosófico lenguaje..... No tengo gramática ni diccionario, no tengo la

Historia de España; sólo tengo una Geografía universal de Letronne, y unos 50 números de *La Paz,* redactados por mis queridos hermanos los *Girondinos Vascongados* (sic).

Me dicen ustedes que les pinte mi verdadera situación: hace 18 años me casé en la ciudad de Buenos Aires, en la Iglesia de San Ignacio; á los pocos meses vine á esta República; y me agradó más por ser más pintoresca, y, sobre todo más montuosa. (¡Siempre me han gustado las montañas!)

Tengo seis hermosas niñas y dos varones, el mayor tiene 16 años, y el menor un mes..... (¡no se asusten!); de las niñas la mayor tiene 12 años. En todo este tiempo he presenciado siete ú ocho revoluciones, sin mezclarme en los disturbios del país ¡suspirando siempre por mi amadísima patria! He tenido buenas habitaciones, que para nada me han servido, porque no tenemos un año bueno, pudiendo decirse que hemos sufrido las siete plagas, de manera que tengo

muy cortísima fortuna, recolectada en Buenos Aires y en el Paraguay. El Sr. Romero Giménez, director de *El Correo Español*, que hace cuatro meses y medio está preso en un buque de guerra, por cuestiones políticas, fué el noble y generoso iniciador de la suscripción en mi favor, que me produjo algún dinero. ¡Pobre amigo y compatriota! ¡Qué no haría yo por él! ¡Impulsos he sentido muchas veces de correr á su lado para consolarle en sus infortunios y acompañarle en su cautiverio!

¿Y quién de ustedes fué el inspirado amigo que publicó mis humildes versitos en *La Paz*? Tengo mucho empeño en saberlo, porque no fué inspiración humana, sino divina, pues todo el Río de la Plata se puso en movimiento para socorrerme, y esto en una época de calamidades para este desgraciado país. Lo más gracioso es que ingleses, franceses, italianos y portugueses, han dado su óbolo suscribiéndose, según sus medios y facultades. Esto es admirable, y me

han hecho decir en nuestra querida lengua lo siguiente:

Gure anayac dira Españolac
Gure anayac Francesac,
Adiskideac Italianoac
Aleman eta Inglesac
Oro bat dira Lusitanoa
Beti onguille gurezat,
Mundu gucian zabalcen dira
Eukaldunenzat biotzac.

TRADUCCIÓN

Hermanos nuestros son los Españoles, hermanos también los Franceses, amigos los Italianos, los Alemanes y los Ingleses, así como los Portugueses, siempre bienhechores para nosotros, pues por todo el mundo abundan los corazones nobles para los Vascongados.

Y esto es cierto; por todas partes se buscan trabajadores vascongados; y de ahí el afán de estos gobiernos en poblar el país con familias euskaras. Es curioso ver á nuestros paisanos fraternizar con los gauchos, negros, pardos y mulatos enlazando toros en las yerbas, y echando cada lecaicoa que vale un imperio. No son así los de las demás naciones, porque no les quieren bien. ¿A qué se debe esta preferencia por los vascongados?

Cuestión es digna de estudio: *pero no por eso aconsejo yo á mis queridos paisanos que abandonen sus hogares, para venir á estas playas en busca de mejor suerte; lo que encontrarán serán pesares y desengaños.* Esos brazos de tantos emigrantes hacen muchísima más falta en España, nuestra querida patria.

Temo molestar á ustedes; pero, ¡tengo tanto que recordar! Los momentos son supremos para mi afligido corazón..... que suspira sin cesar por la bendita tierra eúskara.

Hace 25 años que, acompañado por la benemérita guardia civil, iba á cumplir mi destierro; pasaba por Güeñes, y el ilustre vizcaíno señor Arrieta Mascárua me dió hospitalidad en su casa, donde pasé una noche. Como recuerdo, me obsequió con una hermosa composición que conservo como santa reliquia; quisiera copiarla toda, pero es larga para mandarla en esta carta. Espero, queridos y distinguidos paisanos, que me honrarán con su contestación, porque todo

cuanto me pone en contacto con nuestro amado país, llena de inefable consuelo mi alma..................

....

Soy de ustedes el más entusiasta paisano y amigo Q. B. S. M., *José María de Iparraguirre.*»

Tal es la cariñosa epístola del celebrado poeta vascongado. Sencilla, expontánea y natural, como toda su historia, como sus cánticos y como su corazón.

He aquí, ahora, la tierna poesía que en el alma le he agradecido:

OROITZA

Herran, Manteli, Arrese jauna,
Eta Becerro Bengoa,
Badet aspaldi, biotz guztiti
Ezaguceco gogoa:
Tuec becela ditut maitacen
Jaungoicoa eta Fueroac,
¡Ay! baña ez nau pakean uzten
Lurraren amorioac.
Ichaso aldera, betí beguira...
Zabal zabalic beguiac...
Oh ¡Jaun maitea..., cer urrun diran
Euskal-errico mendiac!!

Ará... ontá bat, *goacen atozte?*
Nere aur polit gaiso ac...
Bildirric gabe, juan zaitezte
Chit maite gaitu Jaincoac.
Mundu zarrean, no la berrian
Izanguitecen prestuac
Guizonarenzat eguian cituan
Ur, eta Lurrac Jaincoac:
Zabaldu bedi anaytasuna
Amoriozco cantuac
Gucienzat du itzal ederra
Gure arbola santuac.

José María de Iparraguirre.»

TRADUCCIÓN

Recuerdo.

Tengo hace mucho tiempo, de todo corazón, deseos de conocer á los Sres. Herrán, Manteli, Arrese y Becerro Bengoa, pues de la misma manera que ellos amo á Dios y á los fueros. ¡Ay! no me deja en paz el amor hacia mi tierra!—Siempre mirando hacia el mar, están anchos, muy anchos, mis ojos. !Oh Dios amado! cuán lejos están las montañas del pueblo eúskaro. Allá un barco se va... vuelve...; hijos queridos, sin miedo podeis marchar, pues nos ama mucho nuestro Dios.—En el mundo viejo, como en el nuevo, para que el hombre sea trabajador, crió Dios los mares y las tierras: estrechemos los lazos de la fraternidad; pues para todos tiene hermosa sombra nuestro árbol Santo.

Por su parte, mi hermano Julián, al enviar estos gratos recuerdos, y antes de partir para sus nuevos viajes, me decía: «Nuestro querido poeta vasco habita en las selváticas orillas del Río Negro, en una pobre vivienda de paja y barro, casi en la miseria y lleno de privaciones! ¿Es posible que habiendo tanto entusiasmo entre los vascongados, entre los que tanto aman las glorias de su tierra, se consienta que este hombre viva así? Vosotros, los que, por medio de la prensa, hablais á la opinión de nuestros pueblos, debeis emprender la generosa tarea de mejorar la suerte del ilustre cantor popular. Redimiéndole, y no se le redimirá, sino devolviéndole á su país amado. Los entusiastas guipuzcoanos, los heróicos hijos de Bilbao, los cultos y severos alaveses, deben, unánimes, solicitar que las respectivas Diputaciones, concedan al mejor y más inspirado de los bardos eúskaros una pequeña renta, una modesta pensión, respectivamente, para que viva y descanse un día á la

sombra del árbol sagrado que ha hecho universal con sus cánticos. ¿Consentirá el país que Iparraguirre expire olvidado en tierra extranjera? ¡Oh!, si así fuese, debieran callar avergonzados todos los particulares, todos los pueblos y todas las Corporaciones que, en los días solemnes, pronuncian su nombre con cariño, cuando, henchido de gozo, escucha el corazón las canciones que un día improvisara! O es una superficial hipocresía ese cariño, ó Iparraguirre, anciano casi, debe volver á sus montañas queridas. Conozco los sentimientos de nuestro pueblo: Iparraguirre volverá. Ahora que, al parecer, todo ha muerto entre vosotros, que resucite el poeta; ¡adorad en él el ideal de vuestras eclipsadas leyes!

Nosotros daremos el ejemplo: los vascos de aquende el mar, donde quiera que estemos, le pagaremos el viaje á él y á su familia, porque, al hacerlo así, cumplimos como buenos; y nuestros descendientes no nos censurarán por haberle abandonado.»

Con las lágrimas en los ojos he leído cuanto trascribo. Al lado de las glorias con que se honra nuestro país, estará mañana la del hijo de Idiazábal, la de aquel joven hermoso, de argentina y dulce voz que ayer, con la inspiración expontánea en el espíritu, con la guitarra en la mano, vestido con el traje del aldeano eúskaro, recorrió todo el país, y gran parte del extranjero, entusiasmando á los pobres y á los ricos, á los inteligentes y al vulgo, al pueblo entero, con sus ¡mprovisaciones y sus melodías; al autor del *Guernikaco arbola*, que nuestros paisanos cantan con la cabeza descubierta, con la mano sobre el corazón y la rodilla en el suelo; y con el cual el pobre desterrado electrizaba un día á miles de oyentes; el amoroso cantor de *Guitarra sarchu vadet;* del tiernísimo *Adio euskal-erriarí!*, y de tantas y tan deliciosas composiciones, sabidas de memoria por todos los vascos de América.

Honrémosle en vida, haciendo que nuestras provincias le den el honor y

el bienestar que se merece en los últimos días de su vida.

A mis queridos amigos y paisanos D. Antonio Trueba, Loredo, Villavaso, Muela, Balparda, Enciso, Delmas, Manterola, Soraluce, Olano, Hurtado de Mendoza, Araquistain, Jamar, Oloriz, Ezcurdia, Peña y Goñi, Moraza, Zárate, Ayala, los Herranes, Lezama y Manteli, les suplico que presten su poderoso calor á esta idea, y su actividad á tan noble y generosa obra, y á los diarios hermanos de nuestras provincias *El Irurac-bat*, *El Diario de San Sebastián*, *El Noticiero Bilbaíno* y *La Paz*, que reproduzcan estos ligeros párrafos, en obsequio á nuestro desgraciado é ilustre paisano. El país entero les deberá eterno reconocimiento. La posteridad no les llamará ingratos.»

RICARDO BECERRO.

Llegó Iparraguirre á Vitoria, y se le preparó un banquete numeroso al que

asistieron muy importantes personalidades vascongadas. Se celebró en el gran salón del hotel Pallares, y, llegada la hora de los brindis, pronuncié el discurso en loor de Iparraguirre. El entusiasmo que produjo, fué indescriptible. Cuando yo cantaba lo que eran los antiguos coblakaris, el pobre Iparraguirre lloraba á lágrima viva; cuando concluí, pintándole á él y demostrando la ciega confianza de que los fueros se restablecerían, Iparraguirre, enardecido, me ahogaba á abrazos en medio de un delirante entusiasmo de todos los concurrentes. Aquella noche nació mi franca amistad con él:

DISCURSO PRONUNCIADO

ENTRE LOS BRINDIS DE UN BANQUETE,

CELEBRADO EN LOOR

DE

D. JOSE M.ª DE IPARRAGUIRRE

SEÑORES:

Cuando el alma no puede contener todos los sentimientos que le han sido comunicados, sin dar lugar á una explosión que su misma intensidad provoca; cuando los sentimientos que en ella han brotado hallan estrecho el recinto del corazón y luchan por manifestarse al exterior; cuando el calor del entusiasmo y la luz de la fe en una idea *(Atención)* se unen y conspiran para engendrar algo noble, algo digno, algo que no puede definirse,

es preciso doblegarse á su poder y no violentar los ímpetus naturales y legítimos que han de traducirse en hechos, en enseñanzas, en virtudes, en leyes universales. En estos momentos, enmudecer es ahogarse, la inacción es la muerte, la opresión es el aniquilamiento; *(Bien, bien,)* aire y espacio ansían las aves, para moverse, para cruzar de una á otra región y llenar de alegría el mundo con sus suaves y melodiosos cantos; aire y espacio busca la flor, para desarrollar sus pétalos frescos y brillantes y embalsamar el ambiente con sus dulcísimos perfumes; aire y espacio necesitan los sentimientos y las ideas, para llenar el mundo con su poder y llevar á las generaciones la conciencia de su deber, de su dignidad, de su autonomía. *(Aplausos.)* Ni la flor ni el ave han sido creadas para ver extinguirse sus trinos y sus aromas en los limitados confines de dorada jaula ó búcaro preciosísimo; ni el pensamiento humano, ni las afecciones, han sido dadas por Dios para anularse en la

caliginosidad de un cerebro loco ó enfermo, ó de un corazón débil ó cobarde. Por eso, yo, que siento arder en mí el fuego de la inspiración, que siento bullir en mi mente las ideas y agolparse en original conjunto, no puedo, no quiero resistir su empuje; abro las puertas á lo que mi alma no puede ya contener, y os dirijo mi palabra entusiasta, lamentando que el labio, vacilante y tembloroso, no sea fiel intérprete de mi voluntad ardentísima. *(Ruidosos aplausos.)*

Todo inspira á mi alma en estos momentos; la presencia de amigos queridos, á quienes me unen los vínculos de la más pura afección; el motivo que aquí nos ha reunido; los acordes de la música, la algazara juvenil, mi propio pensamiento, y la venerable figura que contemplo, conmovido, enfrente de mí, y cuyas miradas elocuentes diciéndome están lo que pasa dentro de su alma, y cómo mis palabras suenan en su corazón cual música deliciosa y desconocida, por-

que ellas representan su propio espíritu, su mismo pensamiento. *(¡Bravo! ¡Bravo!)*

¡Iparraguirre! Yo te saludo. ¡Y por mi voz te saludan todos los que aman lo que tú has amado; *(Sí, sí,)* el suelo, las montañas, los ríos, los valles y las costas de Vasconia; la pobre iglesia, la blanca casería, el emparrado que la da sombra, el cielo y el sol, la luna y las estrellas; por mi voz te saluda la generación que se va y la que llega, el pobre y el magnate, el viejo y la doncella y hasta el niño que apenas balbucea, y á quien han enseñado á bendecir tu nombre y á admirarlo! ¡Hijo noble de la noble Euskaria, yo te saludo! *(Aplausos prolongados.)*

En tí veo el trasunto fiel y exacto de los antiguos *coblakaris* vascongados, de aquellos hombres llenos de fe, de entusiasmo, de amor sin límites á la tierra que les sustentara. Nuevos enviados de Dios, como apóstoles de la religión, de la patria y de la familia, cantaron sus glorias, sus virtudes,

sus costumbres, su envidiable felicidad, su libertad y su independencia. Ellos tenían una misión que la Providencia les había confiado, y la llenaron cumplida y perfectamente; ellos crearon nuestras costumbres, que dulcificaron con sus cantos; formaron nuestro caracter, nuestra independendencia y nuestra historia, manteniendo vivo el recuerdo de nuestros héroes, de nuestras glorias y de nuestras desdichas; *(Es verdad)* ellos nos han dicho cómo los vascos han sido siempre libres, siempre fieles y siempre leales, siendo los primeros soldados de la nación á quien les unían pactos amistosos; ellos nos han ponderado sus virtudes, su nobleza, su sabiduría, su desinterés y sus sacrificios en aras de la patria común, sus grandes hombres, sus sabios, sus políticos, sus guerreros, sus magnates, sus señores y sus caudillos. *(Aplausos.)* Ellos no cesaron de hacer oír al pueblo sus canciones, hasta que se persuadieron de que su misión había terminado; cuando vieron á su pueblo

fuerte, poderoso y feliz, colgaron sus laudes de los robles añosos y de las viejas encinas, ó en la campana de la antigua chimenea del hogar... *(Estrepitosos aplausos interrumpen al orador)* y enmudecieron, llenos de regocijo, por el resultado de su obra.

Más de dos siglos pasaron, sin que su recuerdo se extinguiese y sin que el tiempo, ni los sucesos, Dios ni los hombres, alterasen esencialmente la manera de ser del pueblo más libre de la tierra; más de dos siglos, ¡ay!, al cabo de los cuales, violentas tempestades se han desencadenado, con furia tremenda, contra este país; la ira ha dirigido sus tiros contra él, y sus instituciones han sido socabadas, reducidas á refugiarse en los corazones de los euskaros, que es donde podían existir, libres de la saña de sus enemigos, sin que ningún poder de la tierra pudiera arrebatárnoslas. *(Entusiastas aplausos.)*

Y ahora, como en lo antiguo, sin saber de dónde, han aparecido nuevos trovadores, á quienes está enco-

mendada no pequeña parte en la noble obra del restablecimiento de nuestras libertades; *(Bien, bien,)* y, entre todos, descuella el anciano, todavía vigoroso, que un día supo electrizar á un pueblo con sus canciones, y hoy se levanta, cual nuevo Lázaro, y de remotísimas tierras, desde los vírgenes bosques de América, abandonando á una familia cariñosa, viene á ocupar su puesto en el combate; combate de ideas, siempre más benéfico y fructuoso que el de las armas, y pretende lanzar otra vez sus cantos, que tantas veces han repetido los ecos de nuestras montañas, que no ignora ninguno que sienta latir un corazón vascongado, que hoy se renuevan más puros, más nobles, más inspirados, para animarnos en la adversidad, para estimularnos con el recuerdo y con el ejemplo de nuestros antepasados, cuya herencia vemos perdida quizás para nunca recobrarla... *(No, no)*... Teneis razón, para recobrarla pronto, sí, porque, como creemos en la Providencia, debemos

creer en la causa de la justicia y del derecho que simbolizan nuestras libertades... *(Ruidosos y prolongados aplausos impiden oir las últimas palabras del orador.)*

Vedle; su venerable cabeza, que platean hermosas canas, se alza todavía, como desafiando á las tormentas y á los hombres; en su espaciosa frente se lee la fe y la convicción más profundas; sus ojos irradian el fuego del amor patrio, la noble ira del que jamás consintió ser humillado; sus labios parecen invocar la memoria de alguna antigua canción, ó murmurar una plegaria; su mano quiere extenderse, como para bendecir al pueblo que le admira y aclama, y todo en él revela una emoción indecible, que se traduce y manifiesta en esas dulces lágrimas que á toda costa quisiera recojer y conservar. Así, así eran nuestros antiguos coblakaris. *(Aplausos.)* Es el genio de Euskaria, es el viejo verzolari, á quien todos debemos amor y veneración; es el que ha de tremolar el pendón de nuestra

raza y el que nos ha de conducir á término dichoso, con la luz de su fe por antorcha, con el calor de su entusiasmo por enseña. ¡Ay del ingrato y traidor que desoiga su canto inspirado! ¡Anatema sobre él! ¡Paz y concordia entre los hermanos! ¡Gloria á Vasconia! ¡Loor al bardo de la Euskaria! ¡Saludemos á Iparraguirre! *(Iparraguirre se levanta y abraza al orador en medio de atronadores aplausos.)*

Después de su recibimiento en Vitoria, Iparraguirre marchó á Madrid, y, al pasar por Venta de Baños, tuvo el gusto de abrazar á su muy querido amigo Ricardo Becerro de Bengoa, el cual publicó á los pocos días, en *La Paz* del 16 de Febrero de 1878, el siguiente artículo:

IPARRAGUIRRE

Querido director: Anoche, á las altas horas, en compañía de muy pocos, pero buenos amigos, al recibir y obsequiar al incomparable bardo euskaro, al autor del *Guernikaco-Arbola*, me recordaba éste, entre sus íntimas y cariñosas confianzas, cuánta gratitud le debe á usted y á su valiente diario *La Paz*. Anoche, en el primer abrazo al poeta, hicimos el primer conocimiento; y una vez más, al verle anciano, modesto, invariable, con su querida guitarra debajo del brazo, se aumentaron hacia él las simpatías que en mi pecho, como en el de todos los vascongados, nacieron en repetidos días, cuando el eco de sus canciones y el relato de sus extrañas y múltiples aventuras nos enseñaron que había en nuestro pueblo un tipo de los pasados tiempos, un poeta que no escribía, un trovador que cantaba, un genio errante, con una epopeya legendaria por

hoja de servicios, con una cabeza escultural y con un corazón de niño.

Iparraguirre resucitado, recibió en América el socorro fraternal de sus paisanos y de sus admiradores de diversas naciones, y, animado por ellos, y por su protector decidido, aquel animoso Romero Jiménez, que en las orillas del Plata ha sabido imponerse á todos los corazones, vino hace poco tiempo á su país, que, como hemos visto, lo ha recibido con los brazos abiertos.

Villarreal de Urecha su patria primero, Tolosa y San Sebastián después, y luego Vitoria, han dado su cordial bienvenida al pobre expatriado, y no ha habido corazón generoso que no le haya llamado amigo, ni caseros que no le hayan abrazado, ni damas aristocráticas que no le hayan abierto las puertas de sus salones, ni literatos que no se hayan apresurado á saludarle. Después de su visita al país, acaba de marchar para Madrid. Hoy se encuentra entre ustedes. Va á pedir á los vascongados de valía y de

influencia que trabajen por la realización de su sueño dorado, que procuren que el país le conceda los pocos medios que su sencillez necesita, para pasar la vejez en Guipúzcoa, para terminar en paz el Calvario de su vida, para que sus huesos descansen un día, no en las tristes soledades de las pampas argentinas, sino en las hermosas riberas del Urola, al pie de las cuestas de Izazpi y de Irimo.

—

Bajo el prematuro sudario de su anticipada vejez, Iparraguirre, coronado de canas, siente latir aquel corazón que á los veinticuatro años le hizo el héroe de los músicos y poetas populares vascongados. Alto, delgado y encorvado un tanto, ostenta una cabeza respetable. Los pesares, muchos pesares, han despoblado la cima de su frente varonil, y han teñido de blanco su romántica cabellera. Los rizos de sus cabellos dan á su especial fisonomía extraño caracter. Dulces y vivos sus ojos, esos ojos verdaderamente serenos, que no ocultan doblez,

propios del guizón vasco, se encienden cuando el bardo canta.

La barba nevada, lasa, áspera y extensa, arranca desde los pómulos hasta el pecho, y presta patriarcal y admirable aspecto á su figura. Las arrugas de su rostro y de sus manos son más numerosas que sus canas, como si el tiempo, al través de su reñida y errante existencia, hubiera querido dejar impresas en ellos, por cada día triste, una huella. Viste modestamente, cual conviene al que ha sido toda su vida poeta, y veinticinco años de ella, pastor. Iparraguirre ha cuidado ovejas durante ese tiempo, en las orillas del río Negro, en el Uruguay. Su vieja y desvencijada cartera es un relicario; en ella están los retratos de su esposa, una digna expatriada, natural de Alegría, y de sus ocho hijos; los de sus amigos del alma, varias cartas para él de inmenso precio, y sus últimas poesías. Su mano derecha se apoya en un humilde bastón; debajo de su brazo izquierdo va la guitarra, su lira popular. Bardo y

aventurero, lo fué de veras en sus gustos é inclinaciones; idealizó á las mujeres y las amó con prodigalidad; hoy, fuma á menudo, y gusta, con especial complacencia, del amistoso y entonador sorbo en la mesa frugal, cuando los paisanos que le quieren, beben con él á la salud de la noble y apartada tierra.

—

Estudiante y soldado, rondador constante de las letras, su ilustración no es vulgar, por más que en él ha podido siempre más la poesía expontánea y sin trabas, que la rimada severidad del estéril maestro académico.

Francia, Italia, Suiza, Portugal y América, le han enseñado la ciencia práctica del mundo y de la vida, y, en todas esas naciones, su númen y su música han deleitado á las gentes, y han hecho popularísimo su nombre. Como electrizó un día á los vascongados cantando en medio de las campas de las romerías el himno al Roble Santo, así sacudió el entusiasmo de

los demócratas franceses entonando la Marsellesa en las jornadas del 48; y así hizo sentir al pie de los Alpes, en los populares conciertos, cómo los cantores españoles saben entrelazar deliciosamente los acordes de la guitarra con la tierna cadencia de las cántigas nacionales. Sus muchos arrebatos musicales de las provincias le valieron dos ó tres destierros de España; sus ecos en Toulouse le arrojaron de Francia, después de pasar por ochenta cárceles; y, al fin, en la solitaria extensión de las latitudes uruguayanas, descansó el pobre. Iparraguirre canta en francés como el mejor y el más satírico de los concertistas populares. Anoche, dos ingenieros franceses, al oírle, le contemplaban asombrados.

—Este hombre —me decía uno de ellos— ha debido arrebatar de entusiasmo en sus buenos tiempos; esa cabeza es la verdadera cabeza del cantor querido de las muchedumbres.

Canta en italiano con vivo sentimiento, y en castellano de todas

maneras; triste unas, picaresco otras, como en los mejores días de su entusiasmo popular.

Nos recordaba anoche aquella ternísima rima del inspirado Abedmár, que tantas y tantas veces dice que entonó desde lejos, en su destierro, con lágrimas en los ojos; anoche la cantaba:

«¡En la playa extranjera
qué triste es vivir!
¡Ay, patria, dulce amiga!
¿Qué es la vida sin tí?»

Y, al través de sus palabras, entreveía yo con qué intensidad estos versos habrán desgarrado su corazón por espacio de muchos años. Doblada sobre la frente el ala de su ancho sombrero, fijos los ojos en el cielo, y sacudiendo con rapidez los bucles de su blanca cabellera, al mover la cabeza al compás de sus crispados dedos, que pulsaban las cuerdas de la guitarra, ¡qué extraño y qué típico me parecía el cariñoso José Marí, al entonar esa triste endecha! Los circunstantes, estos sencillos castellanos, no acostum-

brados á ver hombres de esta clase, le contemplaban en corro sorprendidos. La voz de Iparraguirre ya no es la voz del artista; va á cumplir el poeta sesenta años; las cuerdas de su garganta ya no vibran como la potencia de su imaginación, como su pecho siempre jóven. Dado por naturaleza á la sátira y al verdadero humor, sonríe sin cesar, recita en francés y en andaluz agradables composiciones, y alegra una reunión con su jovial espíritu, como en los días de su juventud.

—Algunos extrañarán que sea usted tan jovial,— le dije.

—¡Pche! ¿Qué quiere usted?— me contestó.— De jóven leí á un filósofo que decía: «La alegría engendra la bondad; sólo los tiranos son graves y formales.»

Estoy con Iparraguirre; y aseguro que no he conocido un sólo hombre sério que tenga algún mérito, ni en su inteligencia ni en su corazón. «La alegría engendra la bondad.» Es cierto; Iparraguirre, uno de los genios más alegres del mundo, es la bondad

personificada. Todos los hombres dignos le quieren; sólo los espíritus superficiales y los tontos le desprecian, porque ha sabido toda su vida sentir, y porque no ha sabido tener mucho dinero.

—

Iparraguirre es el autor de los mejores himnos vascongados y de las más tiernas canciones del pueblo euskaro. Nuestra generación ha aprendido á pronunciar su nombre desde los primeros años de su juventud. Iparraguirre dejará ese nombre querido en la historia del país vascongado. Ahora bien: repitiendo la indicación que tantos paisanos han hecho, ¿consentirán las Provincias vasconavarras que vuelva el poeta á su triste soledad de América, y que allí, en medio de su dilatada familia, maldiga del mentido entusiasmo que los vascongados tendrían por su tierra, si le abandonaran hasta el punto de que las cenizas del pobre bardo se perdieran olvidadas allende el Océano?

¿No ha pasado por muerto muchos años, y se decía entonces en todos nuestros pueblos que era una gloria vascongada, lamentándose las gentes de que, pobre, mísero y olvidado, hubiera desaparecido lejos del país, y que en las grandes festividades aun entona y entonará siempre sus inspirados zortzicos?

Pues bien; si, como al anunciar su vuelta, se propuso en la prensa que las cuatro Diputaciones le concedieran una modesta pensión, corta é insignificante para cada una de ellas, y suficiente, en suma, para él, se acuerda esta justa distinción, el país vasco-navarro dará un gran ejemplo y será acreedor á la gratitud de las generaciones venideras. Yo lo espero así; yo espero que el poeta podrá traer á España su amante familia; y que, asegurado en su modesto hogar por Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, por toda la euskal-erría, pasará su vejez poniendo en verso la hermosa lengua vascongada, los cuadros de la vida montañesa y las me-

morias del pasado. En esa cartera vieja de que he hablado, hay una carta de un vascongado ilustre, del bizarro y pundonoroso general Lersundi, fechada en Madrid en Febrero de 1865, y dirigida á José Marí; en uno de sus párrafos dice así: «Si en nuestro país hubiera habido buenos hijos, no debieron consentir que usted se alejara de la tierra vascongada; debieron señalarle una pensión anual, con que viviera usted desahogadamente, en cambio de un número de composiciones que usted entregaría á la Diputación todos los años. De ese modo hubiera usted legado á las generaciones venideras un *Cancionero vascongado*, que hubiera honrado á usted y al país.»

Como pensaba el bravo general pensaban y piensan hoy muchos en el país. Iparraguirre no volverá á América. Las Diputaciones consignarán con honra en sus presupuestos la pensión al popular poeta.

En otro caso, que no debe llegar, los particulares retendrían al anciano

cantor, entre sus montañas, con sus donativos. La tierra de Lasala, de Urquijo, de Adaro, de Zabálburu, de Zulueta y de tantos otros euskaros *poderosos;* el país donde pobres y ricos, ilustrados y vulgares, aman á sus recuerdos con idolatría, no tendría un sólo hijo que se negara á dar su óbolo para Iparraguirre. Muchas ilustres señoras guipuzcoanas, tan hermosas por su rostro como por su corazón, se han dicho: ¡Nosotras traeremos á la esposa y á los hijos del poeta! Pero no es preciso; el país lo hará, porque debe hacerlo.

—

Quisiera que estos párrafos, escritos lejos de las Provincias, agradasen á mis amigos como agradarán al alma de José Marí, á quien acabo de abrazar despidiéndole, y que mis distinguidos compañeros los redactores del *Irurat-bat*, del *Noticiero* y del *Lauburu;* los de *La Correspondencia de San Sebastián* y los de la *Revista Euskara*, se tomasen la molestia de reproducirlos, en obsequio al ilustre cantor eus-

karo, que ha cruzado el Oceano, ayudado por nuestros paisanos del Sur de América, para pedir hospitalidad á los que tenemos la dicha de vivir en España.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Venta de Baños, 14 Febrero 1878.»

Pero pasaron los entusiasmos del país, vino la calma, y el mísero bardo que, con una de sus canciones, nos ha dado la bandera popular del fuerismo, fué quedándose sólo y sin medios para remediar su precaria situación. Entonces comenzó el Calvario que, mejor que ninguno, lo pinta él en las siguientes cartas, que transcribo íntegras, porque reflejan bien su situación en aquellos momentos:

«Hernani 27 Noviembre 1876.

Mi querido Fermín: Recibí tu carta, y también el modelo de una solicitud que me aconsejas haga á la Diputación; pero bien sabes que para eso debería yo principiar por la de Gui-

púzcoa; pero estoy convencido de que nada adelantaría, pues bastante se ha hablado en ese sentido por Becerro, Loredo, etc., y ni siquiera se han dignado atender ni decir absolutamente nada.

Soy franco; no espero nada de las Diputaciones actuales, que son provinciales; será preciso buscar otro medio de salvación.

La necesidad me ha hecho salir del escondite de Chapártegui; desearía que, cuanto ántes, se tomase una determinación, para que pueda contar con algún recurso y dedicarme al trabajo. En esta villa de Hernani, me obsequian á porfía, y esperan haré algo referente al memorable sitio.

No voy á San Sebastián, pues quiero esperar el resultado del plan que con tan buena voluntad quereis poner en práctica.

Adiós, querido, escribe siempre por Zumárraga, en Chapártegui.

Siempre tuyo,

José María de Iparraguirre.»

Madrid 20 Abril de 1878.

Mi querido amigo D. Fermín Herrán: Algunos amigos residentes en esta corte, los más de ellos vascongados, han pensado abrir una suscripción en *La Paz;* pero son de opinión que las Diputaciones deberían encabezarla con poco ó mucho, para que aquélla tenga un éxito satisfactorio; pienso que usted opinará de igual manera; y como yo no tengo relaciones con los señores Diputados de esa M. N. y M. L. provincia de Alava, agradeceré hable usted en el sentido indicado, pues esta es una gravísima cuestión de vida ó muerte: ó gozar en mi amada tierra, rodeado de mi querida familia y de mis amigos, ó ir á morir con terrible *spleen* en las soledades de América del Sur.

Aprovecho esta oportunidad para saludar á mis queridos amigos de esa; y usted no deje de escribirme cuanto ántes, dándome buenas ó malas noticias, pues la estación avanza y la grandeza de esta Corte sale á veranear

á principios de Junio; si á usted le parece, se puede hacer una respetuosa solicitud; en fin, el Sr. D. Sotero Manteli, Becerro de Bengoa y mi sobrino Julián Quiroga, le ayudarán; D. Ricardo Becerro supongo que seguirá en Palencia, y pienso escribirle mañana.

Dispense el estilo franco y familiar, y no olvide á éste su verdadero amigo y entusiasta paisano que verlo desea,

JOSÉ MARÍA DE IPARRAGUIRRE.

Calle de Capellanes, número 14, principal.»

Miguel Loredo, director de *La Paz*, Becerro de Bengoa, Arturo Campión y yo, vivíamos en constante correspondencia, ideando medios para proporcionar á Iparraguirre la subsistencia. El día 5 de Junio de 1878, abrimos en *La Paz* una suscripción á favor de

IPARRAGUIRRE

«El viejo trovador euskaro; el inspirado autor del *Guernikaco-Arbola;* el que con su tierna y delicada poesía ha hecho vibrar tantas veces las fibras del sentimiento popular, necesita hoy de nuestro humilde concurso, y ciertamente que no se lo hemos de negar.

Lejos de su familia, que aún se halla en las márgenes del Plata; sólo, y teniendo que luchar con mil contrariedades que le cercan, encuéntrase nuestro Iparraguirre en una situación difícil, que hace preciso el cariñoso apoyo y concurso generoso de todos los buenos vasco-navarros.

En nombre del patriotismo, por no invocar otros motivos, excitamos á todos nuestros amigos y paisanos á que procuren aliviar la suerte de ese pobre anciano, digno por tantos títulos del respeto y del amparo de todos los que llevamos un nombre vasco-navarro.

Hay desgracias que no pueden ser

miradas con indiferencia, sin ofensa de nobles é hidalgos sentimientos.

Hombres como Iparraguirre no deben sentir los tristes efectos de la pobreza, mientras los hijos de la familia euskara conozcan sus privaciones y sus necesidades.

Y, sin embargo, la situación de nuestro querido trovador euskaro no es nada lisonjera.

Sabedores de ello varios de nuestros paisanos, han promovido una suscripción; y, autorizados por el Sr. Iparraguirre y accediendo á sus ruegos, abrimos hoy las columnas de este periódico para recoger donativos y publicar las listas de los donantes.

Con este motivo, hacemos una patriótica excitación á nuestros paisanos de las Provincias Vascongadas y Navarra, y á los que residen en esta capital, para que acudan con su generosidad y con su patriotismo á socorrer la desgraciada situación en que se encuentra Iparraguirre.

En esta Redacción admitiremos toda clase de cantidades, por modestas y

humildes que sean, y creemos que nuestros apreciables colegas vascongados secundarán con su ilustración este pensamiento, á fin de que la suscripción dé los resultados que todos apetecemos.

Iparraguirre, cuyo nombre repiten con entusiasmo y con cariño todos nuestros pueblos, es digno y muy merecedor de cualquier esfuerzo que se haga para aliviar su desgraciada suerte.»

(*La Paz*, 5 de Junio de 1878.)

—

Y el día 8 de Junio de 1878 publicaba, también en *La Paz*, Ricardo, el siguiente artículo:

IPARRAGUIRRE

AL SR. D. MARTIN DE GARMENDIA,

DIPUTADO A CÓRTES POR TOLOSA

«Usted ha sido, mi distinguido y animoso paisano, uno de los que más deeididamente han honrado, favorecido y ayudado al autor del *Guernikaco-Arbola*; y en prueba del agradecimiento que el versolari euskaro guarda hácia usted en su pecho, quiero, por encargo suyo, poner al frente de este artículo el nombre que va puesto. Yo entiendo que es patriótico y generoso en extremo el ayudar al poeta que ha venido á saludar á su patria, desde las apartadas latitudes orientales del Sur de América, y veo que usted, como pocos, ha alcanzado los merecimientos de la generosidad y del patriotismo.

Los párrafos de este trabajo, el tercero, que dedico al bardo desgraciado y errante, son el resúmen de su campaña última, desde que pensó en venir á España, favorecido por los donativos de los vascos y de los extranjeros residentes en Río de la Plata, hasta su vuelta al caserío de Chapártegui, don-

de nació su madre, y donde hoy, retirado, escribe en sencillos versos vascongados las biografías de los hijos ilustres de Guipúzcoa, para que los niños y el pueblo entero las aprendan, mientras sus amigos solicitan de las Diputaciones vasco-navarras la modesta pensión anual que necesita para vivir, modestamente también, en las montañas que ha honrado con sus sentidos é inspirados cantos.

Cuando *La Paz* dió la noticia de que Iparraguirre vivía, y le envió desde Madrid un espontáneo y ardiente saludo, las colonias vascongadas de Buenos Aires y de Montevideo saludaron también al olvidado cantor, que vivía en las orillas del Río Negro, guardando un rebaño de ovejas, y dando lecciones de instrucción primaria á los hijos de algunas familias acomodadas, vecinas de aquellas inmensas soledades. Al saludo de *La Paz*, contestó unánime el deseo de los paisanos de allende el Oceano, que quisieron ayudarle á volver á España, para que su país le honrara y acogiera como merecía. ¡Justo tributo pagado al poeta que, en una circunstancia solemne é inolvidable, había representado á la raza euskara con su inspiración y con su pluma!

Me refiero al acto de la inauguración del hospital español de Buenos Aires, á cuya

caritativa fiesta contribuyó Iparraguirre, escribiendo para el *Album de la Caridad* la única composición vascongada que se publicó, y que hacía honrosa compañía á los trabajos literarios que vieron la luz con tal motivo, en castellano, en francés, en inglés, en italiano, en alemán y en portugués. El espíritu vascongado habló por boca del hijo de Villarreal de Urrechu, con gran satisfacción de todos los paisanos de aquellas repúblicas. La composición, titulada *Jangoicoa eta arbola*, es sencilla, pero encierra todo un poema de cariño y de esperanzas, y está cuajada de altos y valientes pensamientos. El público la oyó con arrebatador entusiasmo, y después se ha leído mil y mil veces en América y en Europa, produciendo siempre viva emoción en el alma.

¿Qué hay más dulce, ni más expresivo, ni más oportuno tampoco, que los siguientes versos, tomados de esa poesía?

«Amoriosco legue santuaquin
Gorroto gabe biotzan,
Iberiaco gure anayaquin
Bitsi nai degu baquean.
. . . .
Libertadea maite dutenac
Betoz gurequin batean.»

(Con arreglo á las santas leyes del amor, y sin rencor en los corazones, queremos vivir en paz con nuestros hermanos de Iberia... Todos cuantos amen la libertad, vengan con nosotros.)

No hace muchos días que la población de París aplaudía con frenesí á Víctor Hugo porque, al terminar uno de sus magníficos discursos, proclamaba la fraternidad de todos los pueblos. ¡Cosa notable, la identidad de sentimientos de los corazones elevados! He aquí cómo concluía Iparraguirre, algunos meses antes, su referida composición:

«...Cristoren lequea
Erres petazen degula,
Da euskaldunen borondatea
Errien anaitasuna.»

(Cumpliendo la ley de Jesucristo, no es otra la voluntad de los vascongados, que la fraternidad de los pueblos.)

Y, en verdad, fraternalmente unidos franceses, portugueses, americanos, ingleses, alemanes é italianos, que habían contribuído á la fiesta y á la instalación del Hospital de españoles, aplaudieron con entusiasmo al expatriado y pobre trovador.

Con los productos de la suscripción que

aquellas ilustradas y generosas gentes iniciaron, dejó Iparraguirre amparada á su amante familia; y, despedido en el muelle de Buenos Aires por numeroso concurso, en el que se veían sus decididos protectores Sr. Romero Jiménez, Sr. Dr. Durañona, D. Francisco de Aranguren y D. Carlos de Egozcue, vino hacia los patrios horizontes con el corazón dilatado por la alegría.

—

Su país, en primer lugar, y los vasconavarros residentes en Madrid después, le han recibido y tratado dignamente; fiel augurio de que ha de cumplirse su ferviente deseo: el de vegetar y morir en el seno de la muy hospitalaria, muy ilustrada y muy buena madre, la provincia de Guipúzcoa. No puedo hacer el relato detenido de su viaje y de su estancia en la corte, porque sería trabajo muy extenso. Quédese para el libro que acerca de la extraña y curiosísima biografía del autor del *Adio*, se ha de escribir en breve. Pero preciso es consignar que Iparraguirre, anciano ya, sin serlo; pobre, sin merecerlo, y animoso y bueno como en sus mejores días, sin poderlo remediar, guarda gratitud profunda á todos cuantos, en el país apartado, y en la capital de España, le han distinguido con sus obsequios y sus afecciones.

La bella Donostia, la perla del Cantábrico, le distinguió muy de veras. En su corazón lleva el poeta grabados los nombres de Manterola, de España y Arregui, de Artazcos, de Santistéban, de Soraluce, de Oreguri, de Bats y Urrain, de Romero y otros, como los de Arza, Lasquibar, Santos, Jáuregui, Echevarría de Tolosa, los de Ortíz y San Pelayo de Azpeitia, los de los Bagazgoitias, Antia y Alberdi de Villareal, los de sus entusiastas favorecedores de Beasain, los de Villafranca, Eibar y Vergara, los de Sagarmínaga, Lecuona, y los entusiastas del círculo de Lazúrtegui de Bilbao y los de Manteli, Herrán, Velasco y otros de Vitoria.

Conste que en Madrid, áun á riesgo de ofender la modestia de mis amigos los animosos redactores del valiente periódico fuerista, ha encontrado Iparraguirre fraternal y cariñoso amparo en la redacción de *La Paz*, á quien exijo que consigne esta declaración, por habérmelo encomendado así el coblakari vasco, cuyo agradecimiento hácia ellos es tan profundo.

Dió ocasión, para que Iparraguirre fuese públicamente conocido y aclamado, la tristísima é inolvidable catástrofe del Sábado Santo, aquella horrible galerna que sepultó en los hondos abismos del Cantábrico á

más de trescientos pescadores. En dos de las grandes funciones musicales que se verificaron en Madrid para recoger auxilios para las familias de las víctimas, en la que se hizo en el circo de Rivas y en la que se dió después en el teatro Real, cantó un individuo de la estudiantina española, cuyo nombre siento no recordar, el dulcísimo y expresivo *Adio euskal-erriari,* que el poeta compuso cuando se vió obligado á emigrar á América, y cuya letra y música, tan populares en nuestro país, se vienen cantando hace más de veinte años con tanto cariño y complacencia. El públicó aplaudió unánime en ambos días, y pidió con insistencia que se presentara Iparraguirre. Allí se le vió, efectivamente, saludando, conmovido y cariñoso, á los miles de corazones que repetían su nombre; allí apareció el encorvado cantor de las montañas, cuya barba blanca, cuyas canas, cuyo modesto y sencillo traje formaban, sin duda, singular contraste con el recuerdo del gallardo y simpático mozo de negra, lustrosa y abundante cabellera y larga barba, de colorada boina y airoso atavío de *guizón* vasco, que las gentes habían conocido en las romerías y juntas del país, cuando entonaba vigoroso las sentidas estrofas del *Guernikaco-Arbola* al compás de su guitarra, y

cuando hacía caer de rodillas al concurso de gentes que, entusiasmadas, le vitoreaban. Aquél era el bardo vascongado, de quien, también como entonces, Madrid entero había oído hablar, en Junio de 1864, cuando el senador alavés D. Pedro de Egaña defendió tan elocuente y brillantemente las instituciones forales; cuando el distinguido vitoriano decía: «Iparraguirre era uno de esos caracteres aventureros que tanto levantaron el caracter español en los siglos XV y XVI. Quería correr peligros, y no estaba contento sino con grandes emociones...» Y no puedo, aunque desearía, consignar más períodos de aquel admirable discurso, porque no há lugar en la hora presente. Aquél era el que había honrado la lengua y el pueblo euskaro, lejos, muy lejos de su patria, escribiendo inspiradas poesías.

En el escenario del teatro Real le abrazó el gran Tamberlik, como Gayarre le había abrazado al conocerle. Los vascongados sintieron un orgullo legítimo al contemplar con qué entusiasmo Madrid distinguía y honraba á su *versolari*. ¡Glorioso triunfo para el viejo poeta!

—

En sus ratos de descanso, Iparraguirre escribió la letra y la música de dos bellas

composiciones, que dedicó y remitió al Ayuntamiento de Bilbao, en memoria de las víctimas del Cantábrico, y del cual recibió á su vez, en pago, un atento obsequio.

No olvida cuánto le han distinguido en la corte sus amigos y paisanos los señores D. Ramón y D. José de Elorrio, Ortíz, Uhagon, D. Domingo de Ellacuriaga, don Justo María de Zabala, Latorre, Madariaga, Goizueta, Barrena, Goyenechea, Urquijo, Ortueta, Arguinzóniz y tantos otros como lleva apuntados, no sólo en sus recuerdos más preciados, sino en lo profundo de su corazón. ¡Ah!, y la verdad, cuánto se honran ellos agasajando y favoreciendo al expatriado de ambos mundos: de América, pues allí ha dejado, en el rancho de la salvaje pampa, una familia de ocho hijos, que no tienen hoy en los labios más nombre que el de José Mari, y que no anhelan otro placer que el de volver á acariciar su canosa barba y su arrugada y elevada frente; de Europa, de España, ya que aún no sustenta muy segura la esperanza de que sus paisanos se esfuercen por conseguir que las Provincias le atiendan, y pueda, al lado de las queridas prendas de su alma, descansar, cantar y morir, en los pintorescos, hermosísimos valles que riegan el fresco y cristalino Urola.

¡Ah! A la verdad, ellos y otros muchos generosos amigos han dado su óbolo para la lista de suscripción qne se ha abierto en su favor, porque el veterano bardo, el errante poeta, se encuentra sin recursos; y al hacerlo, han honrado á la tierra común, á la raza de la euskalerría. Protejer y amparar al inspirado cantor popular, es una honra, efectivamente, para el país; pero el país vasco-navarro, no sólo ha de buscar ese honor, sino que es preciso que cumpla ese deber.

—

Ese deber está basado en estas razones: por espacio de veinte años, Iparraguirre ha pasado por muerto, y los hijos de las Provincias, al ocuparse de él, lamentábanse de que las circunstancias de los tiempos y otras causas indeterminadas hubieran hecho que el autor del *Guernicaco-Arbola* muriese expatriado y pobre. En la expresión de esa sincera pena, repetida por toda clase de personas, en todos los pueblos vascongados, ¿qué se quería decir? Que Iparraguirre, cuyas canciones y cuyos himnos (porque sus famosos zortzicos lo son para nosotros) se cantan y repiten en las aristocráticas viviendas, en las chabolas de los pastores, mineros y carboneros, en los campos floridos, en el mar airado, en la

escuela, en el taller, en la boda, en las juntas, en los toros y hasta en la soledad también, no merecía padecer y morir lejos de la tierra á quien honró. Y en la confesión de que no era merecedor de tan aciaga suerte, ¿qué deseo iba formulado? El de que si hubiera sido posible evitarlo, distinguiéndole con una recompensa, para que Guipúzcoa recogiera sus últimos cánticos, se hubiera evitado. ¡Nobilísimo y justo deseo!

¿Es nuestra poesía vasca, académica, reglamentada, alineada y artificial, pseudo-elocuente y pomposa como otras poesías? No. Es espontánea, natural, dulce, popular, fácil, nacida del corazón de los que saben poco y sienten mucho; por todos comprendida, por todos cantada; producto del espíritu libre é inspirado, y no del absolutismo de la retórica, ni del afiligranado y grave trabajo de sudor y lima del gabinete.

¿Será, pues, nuestro poeta, el enfático y docto señor que escribe rodeado de libros, en silenciosa estancia, que lee en las ocasiones solemnes con llorón y dramático estilo, y que aparece ante el mundo ataviado con aristocrática y lujosa prosopeya? No. Nuestro poeta es el *versolari*, el de la boina y la pipa; el pobre bardo que dice

también lo que siente y que sabe interpretar tan á maravilla el sentimiento del pueblo, en lo que dice, que el pueblo entero aprende de memoria y sin trabajo sus poesías, y las transmite de generación en generación.

Ese es el poeta, y no porque le veais pobre, sencillo y gastado, le despreciéis; ese es nuestro poeta.

¿No saben de memoria todos cuantos poseen la incomparable lengua vascongada, las sentidas estrofas del *Guernicaco-Arbola*, del *Guitarra sarchudabet*, del *Onore aundiaquin*, del *Beltzerana* y del *Adio euscalerriari*? ¿No honra á las Provincias la composición hecha en América del *Jangoicoa eta arbola*? ¿No hay cientos de canciones populares que corren de boca en boca de todo el mundo en el país vasco de ambos territorios del Pirineo? Pues ahí está el poeta, su autor, el *Trovador vascongado*, como se le ha llamado por espacio de tantos años; ahí está Iparraguirre, cuyo nombre irá unido siempre al de nuestra literatura popular.

Excito hoy la sinceridad del sentimiento que se expresaba cuando se hablaba de él; recuerdo el deseo que se quería formular entonces si hubiera sido posible evitar su expatriamiento y su muerte en extraños

climas; apelo á esos honrados sentimientos, y ya que es el poeta de las montañas, y ya que vive, ya que está entre nosotros, realice el país su único deseo, el anhelo ferviente de su alma, su sueño eternamente acariciado: el de que escriba, descanse y viva con su familia en Guipúzcoa.

Al efecto, los buenos amigos y buenos vasco-navarros que pueden hacer mucho por él, ya que yo tan poco puedo, presentarán en breve una exposición á cada una de las cuatro Provincias hermanas, para que sus Diputaciones respectivas se sirvan conceder la modestísima pensión anual de 3.000 reales al pobre é inspirado poeta, con cuya suma podrá vivir y trabajar para las letras vascongadas. Las circunstancias económicas en que el país se encuentra no son muy satisfactorias; pero ¿es esa cantidad de importancia alguna en los presupuestos generales? ¿Habrá razones ni atendibles, ni patrióticas, ni justas, para negarse á una concesión que tanto y tanto significa en honra del país? No lo creemos. Si Iparraguirre, con el llanto en los ojos y el alma desgarrada, hubiera de volver á América, no tendría derecho jamás ningún vasconavarro ni á pronunciar su nombre, ni á repetir uno sólo de sus magníficos versos, ni á hablar de amor hacia la lengua, la

poesía y la tierra euskara. Pero no sucederá así: la pensión anual, el pobre interés que se pide del capital de sentimiento, de entusiasmo y de emociones que Iparraguirre supo fundar en los pechos de nuestro pueblo, le será concedido sin duda. ¿No viven en las provincias respectivas Araquistain, Manterola, Jamar, Soraluce, Egaña, Villabaso, Sagarmínaga, Arana, Trueba, Goicoechea, Enciso, Delmas, Aguirre, Manteli, Ayala, Zárate, Aldama, Herrán, Oloriz, Campión, Ozámiz, Olave, Huíci y tantos otros literatos, periodistas, obreros de la inteligencia, que sienten verdadero cariño por Iparraguirre? Pues yo les suplico que apoyen decididamente esa pretensión, y que con su poderoso concurso logren que el *versolari* se quede entre nosotros, se quede entre ellos, sus hermanos en el amor á la tierra y en la inspiración.

A los órganos de la prensa vascongada, *Irurac-bat*, *El Noticiero*, á la *Revista Euscara*, al *Diario de San Sebastián*, á los periódicos de la capital de Navarra, á la *Revista de las Provincias*, ruego que reproduzcan, en obsequio al poeta, estos ligeros párrafos, como en otra ocasión lo hicieron, para que el país entero se interese en el pensamiento.

—

Mientras esa concesión se resuelve, ¡ojalá la suscripción iniciada en Madrid, y que debía abrirse también en Bilbao, Vitoria, San Sebastián y Pamplona, en las redacciones de los periódicos, sea, aunque modesta, suficiente para que Iparraguirre viva tranquilamente!

Los que viajan por la vía férrea que cruza la provincia de Guipúzcoa, al avanzar por las cañadas del collado de Eizaga, después de pasado el gran viaducto de Ormaiztegui, y antes de llegar á Zumárraga, pueden distinguir allá abajo, en el valle, la carretera que va serpenteando desde Villareal á Gaviria, al pie de los verdes y frondosos altos de Arateorreca, de Izazpi y de Quizquiza. Entre el follaje se esconden las villas de Ezquioga é Ichaso. Entre ellos, sobre la carretera, se ve la venta de Santa Lucía. Frente á ella, entre la carretera y la vía férrea, sombreado por los castaños, los manzanos y los nogales, en la ladera que domina al arroyo, está el caserío de Chapártegui; en él vive Iparraguirre; aquel valle es el de sus padres.

Al pie del viejo nogal que da sombra y amparo al caserío, el *versolari* de la barba blanca, en mangas de camisa, fija á menudo sus ojos en el cielo, recuerda á su familia y á sus generosos amigos y escribe con tem-

blorosa mano las biografías en verso de Elcano, de Legazpi, de Oquendo, de Urdaneta, de Churruca, de Urbieta, de Lezo, de Echaide, de Oñaz, de San Ignacio, de Garibay, de Zarramendi, del conde de Peñaflorida, de Gamboa, de Idiaquez y de los demás hijos ilustres del país; como mañana describirá en sentidos romances vascos la patriarcal vida de la montaña, la romería, las juntas, los amores, las ferrerías, la pesca y todos los cuadros de costumbres del país.

¿Será preferible que haga esto el pobre poeta, á que vuelva al Uruguay á guardar ovejas y vivir entre los gauchos?

¡Dios haga que se realice su bello ideal! Cuando los vascos y los extranjeros iniciaron la suscripción en Buenos Aires para que viniera á España, luchó terriblemente con el temor de hacer tan largo viaje, y de dejar por algún tiempo á su familia en aquel país.

Pintábale su esposa, con todo el relieve y verdad con que sabe hacerlo el sublime instinto de la mujer, los peligros de la travesía, los desengaños que en la patria recibiría, la posibilidad de una desgracia, las dulzuras positivas, pobres, pero íntimas, de la vida campesina que allí hacían, y, en fin, todos esos detalles que el amor de ma-

dre y de esposa pone ante los ojos del hombre, para que éste no se aparte ni un momento de su lado. Iparraguirre, en algunos momentos, vacilaba; pero súbito acudía á su corazón el recuerdo de la patria amada, idolatría de su corazón: y en una ocasión, echando á un lado las cariñosas manos de su compañera y apartando á sus hijos, exclamó en su querida lengua:

«¡Betico nere religioa, da
Adoratcea iru gauzá:
Jaincoa, lurra ta familia
Ya nere urrezco amesá.
¡Baña au lana! Lurrea naian
Pil, pil, da nere biotza
Ezurrac ditut noski lurrean
Laster uzteco esperanza!»

(Mi religión de siempre ha adorado tres cosas: á Dios, á la patria y á la familia.—Pero ¡qué infortnnio! Palpita mi corazón por querer volver á mi patria. Abrigo la esperanza de que muy pronto he de dejar los huesos en mi tierra!)

En esos dulces versos, versos de sentimiento, que entonces improvisó, está de lleno retratada el alma del poeta. ¿Se engañará el constante *pil! ¡pil,* de su agitado corazón? ¿Renegará de esas ardientes frases que durante todo el camino vino repitiendo? Yo creo que no. Dios que se las inspiró

para decidirle á venir, inspirará á los representantes del país, á sus hijos distinguidos, para que le concedan la recompensa, que la historia enaltecerá sin duda, para que no se vea obligado á volver.

No me dirijo á los que no saben sentir; el positivismo del corazón es la fase más despreciable de la prostitución humana.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

Y seguía recibiendo cartas de Iparraguirre que pintaban bien su triste situación y algunas de las cuales acaso sirvan de apéndice á éste tomo y como cada día se ponía peor lo del apoyo al pobre Iparraguirre, en 15 de Noviembre de 1878 me ví obligado á publicar el siguiente artículo que atendiendo á mi súplica reprodujeron todos los periódicos del país:

IPARRAGUIRRE

. . . .

Gracias querido Fermín, pues me alientas en mi desventurada suerte; pues bien sabes que se trata de una cuestión de vida ó muerte, que no otra cosa es para mi el marchar á América ó el quedarme en España. Quiera Dios que los esfuerzos de todos vosotros, Aragón, Manteli, Gancedo, Acha, Becerro, Quiroga, Laredo, Lezama, Garmendia, Trueba, Azcárraga, Manterola, Campión, etc. etc., mis queridos amigos, contando con los buenos vascongados, consigan mi anhelante deseo de dejar mis huesos en esta tierra que yo adoro con delirio; es lo único que para este mundo me atrevería pedir á Dios y á vosotros.

Carta de José María de Iparraguirre á Fermín Herrán, de 24 de Octubre 1878 fechada en Barrio y valle de Santa Lucía, cerca de Zumárraga.

El coblakari vascongado, el poeta que cantó al árbol de Guernica, y á

nuestras fiestas, y á nuestras glorias; el expatriado que vivió lejos de su pátria largos años, siempre pensando en volver á verla, en morir en ella, se encuentra todavía sin poder considerar realizadas sus esperanzas de no salir ya de su patria, él que vino de remotas tierras, abandonando á su esposa é hijos, para responder al cariñoso llamamiento de sus paisanos que ansiaban verle, y le prometian una existencia tranquila y venturosa, para lo que le quedaba de vida.

Llegó á España y á la tierra eúskara y sus hermanos de aquí le recibieron, entre aclamaciones, le agasajaron como á su poeta querido y le hicieron creer, aunque por breve tiempo, que sus desdichas, sus desventuras, iban á tener fin, encontrando en la tierra en que nació auxilio y protección bastantes para no temer ya verse expuesto á las contrariedades é injusticias de la suerte. En Bilbao, en Vitoria, en San Sebastian, en donde quiera que estuvo, el entusiasmo que produjo con su presencia excede á toda pondera-

ción, todos se desvivían por saludarle, por complacerle, todos se lo disputaban, todos ansiaban contemplarle, oír su voz, tantos años no escuchada, entonando nuestros populares himnos, que todos conocían; los ofrecimientos venían de todas partes, todo parecía poco para el viejo poeta y este llegó á creer que había hecho bien en volver á su país, al verse objeto de tantas atenciones, de obsequios tan multiplicados.

En el corto periodo en que esto tuvo lugar, *Iparraguirre*, se vió trasportado á aquellos tiempos en que á los acordes de su guitarra, inseparable compañera de sus alegrías y amarguras, entonando con poderosa voz, el *Guernicaco arbola*, hacía caer de rodillas á una multitud inmensa que, con religiosa admiración le escuchaba, y con frenético entusiasmo le aplaudía. Pero aquel frenesí terminó, como termina todo en el mundo; el viejo coblakari, marchó al caserío donde vivieron y murieron sus padres, donde corrió tranquila su infancia, llevando el agra-

decimiento por tan cordial y cariñosa acogida y la esperanza de que los que le habían estrechado en sus brazos, no olvidarían sus promesas, tendrían presente que, pobre y sin recursos, sólo por la generosidad de aquéllos á quienes sus cantos habían entusiasmado, podía vivir, aunque fuera modestamente. Pronto hubiera sido olvidado, si algunos buenos amigos, á quienes confió su miseria, y la precisión en que se hallaba de partir otra vez á América á dedicarse, al lado de su familia, á sus ocupaciones anteriores, no hubieran tenido el acuerdo de poner en conocimiento de todos el triste estado en que el pobre trovador se encontraba, demandando para él un auxilio que no podía negársele, y proponiendo la forma que, en su entender, era la más propia para llevar á cabo su propósito. Era éste el de que las Diputaciones de las cuatro provincias eúskaras, señalasen una módica pensión á Iparraguirre, imponiéndole la obligación de componer todos los años cierto número de can-

ciones vascongadas con asuntos de su elección. El proyecto quedó sin realizar, porque se tocaron inconvenientes que en un principio no se creyó pudieran existir, no siendo el menor la penuria de las cajas provinciales, que era tal, como nunca se había conocido. Así continuaron las cosas, hasta que en los tiempos actuales, Iparraguirre, cansado de esperar, casi está determinado á abandonar este país donde no encuentra medios de subsistir, y volver al seno de su familia, á la que esperaba recibir aquí, para morir en lejanas tierras, llevándose,—con él el desconsuelo de que una tierra extraña, que no es la suya, cubra sus huesos cuando la muerte hiele sus cansados miembros y su entusiasta corazón,—la pena de ver la ingratitud de que ha tenido muestras por parte de los que le deben sus más legítimas alegrías, de sus paisanos, que nada hacen por él, apesar de que desean hacer algo.

Iparraguirre tiene derecho al agradecimiento de los vasco-navarros;

nadie como él ha influído en su carácter, nadie ha alegrado sus fiestas; nadie ha despertado de tal modo su entusiasmo, y si hoy que es viejo, aunque entusiasta y viril, y lleno de inspiración y amor al país, le dejan morir de hambre y partir á lejanos climas, no serán los que tal hagan dignos ni aún de escuchar sus sublimes canciones, ni de pronunciar su nombre, que es una gloria vascongada, vinculada á las más brillantes de este pueblo, que nunca ha sabido ser ingrato.

La voluntad es conocida; todos desean acudir en auxilio del trovador eúskaro; sólo hace falta que se encuentre la forma más cómoda y expedita de verificarlo, y á eso han encaminado sus esfuerzos algunos de los más decididos y entusiastas, habiendo tropezado con las mismas dificultades de siempre. No es posible ni conveniente que las Diputaciones lo hagan, porque esto debe ser una manifestación libre y expontánea del pueblo, de cuyo seno ha de partir directa-

mente, si el auxilio ha de revestir el carácter que debe tener, ajeno á toda intervención oficial. La colecta ó demanda directa tiene también sus inconvenientes á que dará origen la vanidad de los unos, la tacañería de los otros, y sólo en un medio indirecto puede hallarse la manera mejor y la más fácil de realizar la aspiración común, y á manifestar cuál es y el modo de llevarla á cabo, están destinados estos renglones, que ha inspirado mi amor al país y á su dignidad y el cariño y la admiración que profeso al antiguo verzolari, al infortunado cuanto ilustre Iparraguirre.

He aquí el medio que yo propongo para realizar tan noble propósito; creo que, sino á todos, agradará á la mayor parte, porque sobre ser digno del objeto y de la persona en cuyo favor ha de hacerse, facilita la ejecución y está al alcance de todos, no representando sino un pequeño sacrificio, doblemente compensado y de resultados incalculables.

Las personas más entusiastas y

amigas de Iparraguirre de las cuatro capitales, de las cuatro provincias hermanas; los que se interesan por la dignidad y el honor de su país, y por la suerte del que cantó sus glorias venerandas, deben formar una comisión con el exclusivo objeto de promover, cada una en su localidad, una función teatral, dramática, lírica ó mixta, cuyos productos se destinen á aliviar la suerte de Iparraguirre. Como estas funciones han de ser anuales para cada población, convendría que se celebrasen en distintos trimestres, de este modo, por ejemplo: trimestre primero (1.º Enero á 1.º Abril), se dará la función en Vitoria; segundo trimestre (1.º Abril á 1.º Julio), en San Sebastián; tercer trimestre (1.º de Julio á 1.º Octubre), en Pamplona; cuarto trimestre (1.º Octubre á 1.º de Enero), en Bilbao. De este modo podría asistir á dichas funciones el mismo Iparraguirre, el cual compondría nuevas canciones que irían paulatinamente enriqueciendo nuestra música vascongada, teniendo la satis-

facción, el bardo inmortal, de vivir entre la raza eúskara, de la que parece ser el más fiel representante, y nosotros, los vasco-navarros, la de no haber abandonado al poeta músico que destrozó nuestra alma con su canto de resurrección, que hará reverdecer siempre el árbol emblema de nuestras santas libertades.

FERMÍN HERRÁN.

—

Después de escrito este artículo, recibo una carta de Ricardo Becerro, que dice así:

«El pobre Iparraguirre me ha escrito, y no sé qué hacer en este asunto... De aquí á ocho ó diez días se va á encontrar Iparraguirre sin un céntimo, y sin tener á quién volver la cara. Mis excitaciones á los hombres distinguidos del país, no han hecho efecto. ¡Pobre Iparraguirre! Yo vivo en Palencia, lejos de esas provincias, en las que algo podía trabajar en su favor, y de Madrid, desde donde podría ayudarle no poco...

...Tal vez muy pronto, se embarque de nuevo el poeta para América, y... en nuestras provincias se seguirá hablando mucho del patriotismo y del vascuence y de la música y de los zortzicos de Iparraguirre, mientras le dejamos morir de hambre y fuera de su tierra adorada.»

—

Se suplica á los periódicos vascongados que publiquen en sus columnas este artículo, y su postdata.

Fermín Herrán.

Vino á ayudar los propósitos que todos teníamos en favor del insigne Iparraguirre, el Sr. D. Pedro de Egaña, ilustre patricio vascongado que residía en Cestona, publicando esta carta, tan hermosa en el concepto literario como en el patriótico y moral, que salió á luz el día 4 de Noviembre de 1879:

DATE OBOLUM BELISARIO

(DAD UNA LIMOSNA Á BELISARIO)

Sres. Director y Redactores de

El Noticiero Bilbaíno.

Mis estimados amigos: Ruego á ustedes se sirvan añadir mi nombre y firma á las demás que autorizan la sentida *Exposición* que publican ustedes en su número de ayer sobre el pobre Iparraguirre.

Siempre fué mi opinión manifestada á cuantos de palabra ó por escrito me han consultado acerca del particular, que el porvenir y la suerte de ese inspirado y entusiasta cantor de nuestras santas costumbres y seculares libertades, no debía dejarse á la iniciativa particular, eventual é insegura, y casi siempre mezquina en sus resultados, sino que debía constituir una obligación sagrada del país, representado por las autoridades provinciales *de las cuatro hermanas.*

En ese sentido escribí poco antes de que muriera á nuestro malogrado Loredo: en parecidos términos me dirigí hace poco al jóven y brillante escritor alavés Fermín

Herrán: así se hizo en otro tiempo con el anciano Iztueta, á quien la Diputación de Guipúzcoa colocó modestamente por toda su vida en una de sus dependencias: y así creo yo que debiera hacerse por las autoridades provinciales de las cuatro hermanas, puestas previamente de acuerdo, sobre el medio mejor de llevar á cabo un pensamiento que todo el mundo aprueba, y cuyo fracaso imprimiría una mancha eterna sobre nuestros sentimientos y caracter.

No hace un año que la Diputación de Guipúzcoa pensionó con una fuerte suma á cierto joven de Arrona. de buena y fresca voz, para que pudiera perfeccionar su educación musical en Italia. No lo repruebo: todo lo que sea estimular y ayudar á la juventud inteligente y desvalida, me parece laudable; pero lo que se ha hecho con el Sr. Trabadelo ¿no puede y debe hacerse, cou mayores y más legítimos títulos, con el insigne bardo que hace treinta años está cantando nuestras glorias pasadas y llorando sobre nuestras desdichas presentes? El favor dispensado al sobrino del cura de Arrona es un servicio de caracter personal, ventajoso para el interesado, pero del que ningún provecho ha de sacar el país. Lo que éste haga con el Sr. Iparraguirre, será el pago de una deuda sagrada de gratitud

y la recompensa de servicios de inestimable precio prestados á toda la familia euskara; porque los cantos, generalmente melancólicos y llenos de sentimiento, del bardo guipuzcoano, son el triste lamento de un pueblo que agoniza, y la expresión más gráfica de los afectos y aspiraciones de nuestras sencillas y patriarcales masas. Todos los pueblos tienen su cuartel de inválidos para los que han derramado su sangre ó hecho notables servicios á su patria: ¿no hemos de tener nosotros un rincón en que pueda exhalar su último suspiro el *Tirteo* ó el *Homero* de las montañas vascas?

Eso no obsta á que, mientras tanto, se abra en las cuatro provincias una suscripción, sea popular, sea limitada á las personas más pudientes de ellas, para asegurar al Sr. Iparraguirre un recurso mensual decoroso con que pueda atender á sus necesidades; en cuyo caso, tendrá á mucha honra figurar en la lista de suscriptores este su atento S. S. y amigo Q. S. M. B.,

PEDRO DE EGAÑA.

Cestona, 31 de Octubre de 1879.

Apesar de todos estos esfuerzos que los verdaderos admiradores del bardo vascongado hacíamos por aliviar su situación, ésta, cada vez iba siendo más aflictiva; pero, en medio de todo, no dejaba de experimentar satisfacciones.

Copiemos algunos párrafos de las cartas que por estos días me escribía, que retratan su alma bondadosa de cuerpo entero. Desde Lequeitio, en 9 de Octubre de 1878, me da cuenta de haber acompañado á conducir los restos de su amigo el valiente general Lersundi, con cuya familia y con la del vizconde de Artazcos y el señor Aróstegui, Alcalde de Deva, había pasado días felices en el seno de sus amadas familias; me anuncia que quiere ir á Guernica y después á su caserío, á «esperar la decisión de vuestro patriótico pensamiento». Desde Barrio y Valle de Santa Lucía, en 24 de Octubre de 1878, escribe estas tristísimas palabras:

«Gracias, querido Fermín; tú me alientas en mi desventurada suerte, pues bien sabes

que se trata de una cuestión de vida ó muerte para mí. ¡Quiera Dios que vuestros esfuerzos, contando con los buenos vascongados, consigan mi anhelante deseo de dejar mis huesos en esta tierra, que yo adoro con frenesí.

A poca distancia del caserío de Chapártegui, he fijado mi residencia...

Dentro de pocos días te mandaré unos versos *A Morasa*, con la traducción en verso.»

Con fecha 3 de Diciembre de 1878, escrita en Villafranca, aprueba los medios que preparábamos para ayudarle. Más animado, el día 16 del mismo mes, desde Valle de Santa Lucía, se regocija de la función del Club Artístico de Bilbao dada en su beneficio, de la crónica de ella, publicada el día 11 en *El Noticiero Bilbaino*, y de que en Tolosa se preparaba una función, en la que tal vez cantaría unos versos.

En el mismo sentido me escribe sus cartas del 26 de Diciembre de 1878, del 1 y 4 de Enero de 1879, en la última de las cuales me dice que se ha trasladado de domicilio á una casa

enfrente que se llama Zozabarro, agregando «el nombre no es muy poético, pero el paisaje es pintoresco». El 3 de Febrero me dice que Arturo Campión propondrá á la Junta general de la Asociación Eúskara que, de los sobrantes de las recaudaciones mensuales, se asigne una cantidad para favorecerle á él, y que, en agradecimiento, ha dedicado unos versos á dicha Asociación Eúskara de Pamplona, que los traducirá Campión. El 13 de Febrero de 1879, me notifica que los Sres. Bats y Urain y Manterola continuarán las funciones teatrales que yo exponía en mi artículo.

La carta que Iparraguirre me escribió en 29 de Marzo de 1879, desde su rincón del Valle de Santa Lucía, se halla impregnada de cierta melancolía, como aquel que presiente que sus deseos no se han de realizar, y después de nombrar á los amigos que tanto interés mostrábamos por él, exclama:

«...¿me olvidarán? ¡Oh!... no... no podrá ser! Guillermo Tell, el libertador de Suiza,

sólo reunió siete hombres en un principio en el cantón de Uria, á la orilla del lago de Lucerna; por eso yo me consuelo al recordar los nombres de mis hermanos, que, aunque desgraciadamente no muchos, están dando pruebas de verdadero patriotismo.»

El 19 de Mayo de 1879 me anuncia que tomará parte en las fiestas de Elizondo; y en 2 de Junio, ya lleno de desconsuelo, escribe: «Sí, querido Fermín, es preciso hablar claro; yo agradeceré con toda mi alma si se organiza una función en Vitoria y otra en San Sebastián, y entonces daré el último adiós á esta degenerada é ingrata tierra, y con un abrazo á mis fieles amigos, volveré á embarcarme é iré á morir en lejanos países lleno de desesperación y de vergüenza. Todo esto que pienso te lo digo porque nada puedo ocultar á mi hermano; y, lo que acabo de decir, hay que hacerlo cuanto antes, pues el mes de Agosto y Septiembre son los mejores tiempos para el mar... Contéstame pronto, dame algún consuelo... Mi salud va siendo mediana; no puedo cantar...»

El 19 de Junio de 1879 me habla de la organización de una función de teatro, y, con tal motivo, me pongo en comunicación con Ricardo Becerro de Bengoa, el cual, con la asombrosa facilidad que Dios le ha dado, me escribía diciéndome:

«He visto tu proyecto en pro de nuestro querido poeta Iparraguirre, y, realmente, de no querer las Diputaciones provinciales hacer nada, me parece muy aceptable. De todos modos, no sé cómo lograremos al fin que Iparraguirre pueda quedarse en Guipúzcoa. ¿Crees tú que podrán aumentar los ingresos de las funciones teatrales si se pusiese en escena un drama histórico mío, dedicado á Iparraguirre, titulado *El Conde de Salvatierra,* apoteosis de aquel grande hombre de nuestras Comunidades? Haré el drama en tres actos y en verso; se estudia en esa, se representa, y después en Pamplona, Bilbao y San Sebastián. Ya le echaré á la salsa toda el agua necesaria para que no pique... Lo haré en ocho ó diez días... podreis leerlo en amistoso comité, y si resulta bueno, se hace, y sino... se quema.»

Desde Elizondo, á 29 de Julio de 1879, me reseña las fiestas que debie-

ron celebrarse bajo el patrocinio de Mr. d'Abadie, y que, por un disgusto del inocente juego de los gansos, se celebró sin su presencia; que el tema de su composición, como siempre, había sido Dios, Patria y Fueros, y que por no haber más que un premio, y encontrándose el Jurado con dos composiciones de igual mérito, como eran la de Arrese y la suya, echaron á suertes para resolver la duda, y la suerte había favorecido al otro. Escrita en el Valle de Santa Lucía en 4 de Septiembre está la carta en que manifiesta que Arturo Campión le propone que uno de los amigos de Iparraguirre busque en cada una de las cuatro provincias, diez amigos que contribuyan con un duro al mes, comprometiéndose él, desde luego, á hacerlo en Navarra. La situación de Iparraguirre va empeorando para la fecha de 18 de Septiembre, en que me anuncia que ha salido á dar algunas funciones en compañía de un antiguo amigo llamado Zubiria.

Tantas gestiones llevadas á cabo

por Iparraguirre y por sus amigos, dieron, al fin, el resultado que me anunciaba el autor de «El Guernica» en carta fechada á 3 de Julio de 1880, en Santa Lucía (Zumárraga): «...me han señalado las Diputaciones pensión: Guipúzcoa, 40 pesetas; Vizcaya, 40 pesetas; Alava, 30 pesetas, que suman 22 duros; no es mucho; pero, en fin, está asegurada mi existencia.»

Su última carta anunciaba más hermosos horizontes, más vivas esperanzas, más felices realidades; pero bien cerca estaba de cortarlo todo la impía guadaña de la muerte.

He aquí la última carta que me dirigió:

Valle de Santa Lucía (Zumárraga).

Mi querido Fermín: Tiempo hace que deseaba escribirte; pero quería para esto tener que darte alguna noticia agradable; como la venida de mis hijas; pues espero que dos de ellas vendrán á hacerme compañía; tengo buenos amigos en Buenos Aires, que practican las diligencias para darme este sin igual consuelo.

Estos mismos amigos, que quiero nom-

brar, son D. Mateo Durañona y D. Francisco Aranguren, que, sabedores de cómo me hallaba, me han remitido doce mil reales que estaban en el Banco de Caravaca: la mitad de dicha cantidad la he puesto asegurada en la Caja de Ahorros de San Sebastián, y con la otra mitad me he vestido con decencia y he pagado mis deudas.

A fines de mes, ó á principios del que viene, pienso pasar á Vitoria, y mucho sentiré no encontrarte; pero, de todos modos, me avisas cuándo piensas pasar á tu pueblo natal, para yo ir á darte un abrazo.

Adiós, mi querido hermano. Siempre tuyo,

JOSÉ MARÍA DE IPARRAGUIRRE.»

8 de Enero de 1881.

Después de tantas vicisitudes, conseguimos los amigos y admiradores de Iparraguirre que no tuviese que abandonar su tierra amada, y que en ella exhalara su postrer suspiro y descansaran los huesos del inmortal autor del *Guernikaco-Arbola*.

FERMÍN HERRÁN.

Bilbao, 1.° de Agosto de 1896.

LA MUERTE
DE
IPARRAGUIRRE

A LA MUERTE

DEL GRAN POETA Y ÚLTIMO BARDO VASCONGADO

D. JOSÉ M.ª DE IPARRAGUIRRE

Ya no existe el gran bardo que arrastraba
Palpitantes las almas trás su acento.
Despertando el dolor ó la alegría,
Con estro heróico, ó fúnebre lamento.

Al contemplar la pátria que le inspira,
Doblada la cervíz, y el alma en duelo,
Rompió en pedazos la armoniosa lira
Y fué á buscar la tumba por consuelo!

Como el profeta de Salem, que vino
Para anunciar la pátria desventura,
Cayendo bajo el golpe del destino
Por no mirar sus horas de amargura.

Nació tambien el bardo vascongado
Para entonar al par de sus hazañas,
Sobre el sepulcro de sus fueros santos
El canto funeral de las montañas.

Y como último bardo de su raza
Puso Aitor su arpa santa entre sus manos,
Ese instrumento que inspiró á Cantabria
El cántico triunfal de los romanos;

El mismo que llevaron á los Alpes
Al partir con Aníbal sus guerreros;
El mismo que escucharon con espanto
Del Franco los vencidos caballeros!

Y encendido el espíritu valiente
Del gran poeta con su influjo santo,
Lanzó á los vientos con su voz potente
El *cantzoá* del roble sacrosanto.

De ese himno que repite todo un pueblo,
Y entonarán sus hijos por doquiera,
Mientras module el lábio vascongado
La limpia frase de la lengua Euskéra!

E incansable su lira, no ha callado
Mientras latió su corazón ardiente,
Y en cantares sin par ha celebrado
La noble historia de la Euskara gente!

Y viva encarnación del sentimiento
Del pueblo en que nació, pasó sus días

Uniendo siempre su inspirado acento
A sus triunfos, y penas, y alegrías!

Mas ¡ay! como aquel génio á quien la Grecia
Dejó morir ingrata en la indigencia,
Llenando de amargura con su olvido
Las horas de su lóbrega existencia.....

Así tambien el bardo vascongado
Que tanto abrillantó su pátria amada,
Ha caido como errante peregrino
Sin deudos, sin afectos, sin morada!

¡Mas no importa! Ya el soplo de la muerte
Acabó tu dolor y tus pesares,
Y la gloria, besándote en la frente,
Consagra en su alto templo tus altares!

Descansa, pues, en paz en esta pátria
Que embelleció tu númen soberano,
Con esa lira cuyas cuerdas rotas
No vibraràn jamás como en tu mano;

Y goza de tu gloria ¡Iparraguirre!
Que ni el tiempo velóz que nunca pára,
Es capáz de borrar tu nombre insigne
De la memoria de la raza Euskára!

JUAN V. ARAQUISTAIN.

IPARRAGUIRRE

POR

DON JOSÉ DE MANTEROLA

El más popular de los bardos euskaros, el insigne cantor del *Guernikaco-Arbola*, ha pasado á mejor vida.

El día 6 del corriente mes dejó de existir, víctima de una doble afección pulmonar, en el caserío *Sosabarro*, jurisdicción de Gaviria, situado sobre la carretera general, á tres cuartos de hora próximamente de Villarreal de Urrechu, su pueblo natal.

Después de haber recorrido el mundo entero, llevando por todas partes el eco de los cantos euskaros y popularizando muchas de sus compo-

siciones originales, ha venido, al fin, á dejar sus huesos en la tierra amada, en el país que supo electrizar con su inspiración, y que le contaba en el número de sus hijos más queridos.

Se han cumplido sus deseos; sus huesos reposan en el sitio que designó para su tumba en una de las últimas y más sentidas composiciones que escribió en América poco antes de su regreso á la Euskal-erría:

«Jaunari eskatzen diyot
Graziya emateko
Lur chit maite orretan
Biziya utzitzeko,»

—

Pido á Dios me conceda la gracia de terminar mi vida en esa tierra muy amada.

y, muy en breve, un modesto mausoleo indicará al viajero el lugar sagrado donde reposan sus cenizas.

He aquí su artículo biográfico, que escribimos á su regreso á España, y con el que abrimos en 1877 las primeras páginas de nuestro *Cancionero Basco,* tal cual apareció en la expresada fecha:

«Entre los bardos populares de la Euskal-erría, no hay uno que lo sea más, ni que haya adquirido más renombre dentro y fuera del país, qne el insigne Iparraguirre.

»Poeta y músico á la vez, lleno de juventud y de vida, dotado de una arrogante figura, robusta y flexible voz, y excelentes disposiciones de artista, con una pobre guitarra por única compañera de sus alegrías y fatigas, *(guitarra sarcho bat det)*, —*Con este título escribió Iparraguirre su primera composición*— recorrió durante sus mocedades, á semejanza de los trovadores de otros tiempos, gran parte de España y de Europa, electrizando á sus paisanos, que reían ó lloraban al par de la guitarra de Iparraguirre, con los populares cantos que salían de sus labios, llamando la la atención y la admirrción de los extraños en suelo extranjero, y dando á conocer y popularizando en Francia, Italia, Alemania é Inglaterra, muchas de sus composiciones, y de las originales canciones vascongadas.

»La vida del insigne bardo ha sido bastante borrascosa y accidentada. Cuando no contaba aún más de doce á trece años, salió de su pueblo natal, Villarreal de Urrechu (Guipúzcoa), y fué enviado á estudiar gramática latina en Vitoria. Al año siguiente (1833) pasó á Madrid, donde cursó algunos meses en el Real de San Isidro, y habiendo sobrevenido poco después la muerte de Fernando VII y la guerra de los siete años, Iparraguirre tomó las de Villadiego, llegó como Dios quiso á las montañas euskaras, y «sin más opinión que el amor á mis paisanos», —según manifiesta en una reciente carta— sentó plaza de voluntario en las filas absolutistas, y entró á formar parte más tarde de la guardia de honor de D. Carlos, en la que continuó hasta que terminó con el abrazo de Vergara aquella infausta lucha de hermanos.

»Conseguida la paz, Iparraguirre, como otros muchos de los que pelearon bajo la bandera del Pretendiente, marchó emigrado á Francia, sirvió

allí algún tiempo, aprovechando esta ocasión para estudiar la lengua francesa y cultivar su literatura, leyendo las obras de Lamartine, Chateaubriand, Lammenais y otros ilustres escritores, y, llevado de su afán de ver tierras, recorrió las principales ciudades de la antigua Galia, atravesó los Alpes, visitó la Italia, cuyo idioma le es también familiar, la Suiza, la Alemania y la Inglaterra, haciendo en todo este tiempo y en tan diversos países la vida del errante artista.

»El año 1851 concurrió á la Exposición universal de Londres, formando parte de una compañía lírica bolonesa ó florentina, y al año siguiente, después de trece de emigración, durante la cual, «el amor á mi país—dice—me hacía soliloquear en nuestra noeniana lengua euskara,» regresó á España, visitó á Madrid, en cuya capital compuso y se oyó por vez primera, el año 1853, el popular *Guernikaco-Arbola*, uno de sus más entusiastas cantos, y recorrió antes y después los pueblos del país vascon-

gado, acompañado de su inseparable guitarra, cantando en los teatros, improvisando en las plazas y romerías, y conmoviendo y entusiasmando en todas partes al público que le escuchaba, hasta el punto de llegar á convertirse en un verdadero ídolo, que acabó por ser desterrado del territorio vascongado, de orden superior, el año 1855, por considerarse peligrosa su permanencia en él.

»El bardo vasco es artista de corazón, y sus producciones se distinguen, no sólo por su entrañable amor al país, que caracteriza á todos los poetas euskaros, sino también por su varonil acento, por la energía de la frase, por la grandeza del pensamiento.

»Muchas son sus composiciones, cuyo número sigue aumentando de día en día el entusiasta vate, que conserva aún, apesar de sus años, toda la frescura y entusiasmo de su juvenil corazón; pero entre todas ellas sobresalen, indudablemente, por su mérito literario, la poesía *Nere Maitiarentzat*,

con la cual inauguramos la colección de nuestro *Cancionero;* el levantado canto al añoso roble, que simboliza las seculares libertades del solár euskaro, y su tierno y sentido *Adiyo Euskal-Erriarí,* compuesto en los momentos en que iba á abandonar la España, para marchar á las apartadas regiones de América, á donde le llevaron en 1857 ó 1858, después de haber recorrido durante su destierro las Asturias, Galicia, Portugal y la Andalucía, soñadas ilusiones y alhagadoras promesas.

»Sobre veinte años ha permanecido en el nuevo continente el insigne bardo euskaro, que casó hace diez y ocho años en la ciudad de Buenos Aires, con una guipuzcoana natural de Alegría, y ha alcanzado, como fruto de su matrimonio, dos hijos varones y seis hembras, todos los cuales viven, constituyendo la familia del anciano vate.

»En este tiempo, Iparraguirre ha sufrido no pocos reveses, y despues de largos años de trabajos y fatigas, que ha pasado suspirando por su ama-

do país, soñando con sus nativas montañas, hace pocos días acaba de volver á pisar la tierra euskara, gracias á fondos que le han sido generosamente facilitados, por medio de una suscrición abierta en su favor por la colonia bascongada de la República Argentina.

»Iparraguirre ha conseguido al fin el soñado ideal de muchos años, el regreso á la pátria, pero ha vuelto á ella pobre como marchó, y con veinte años más sobre sus hombros. ¡Triste destino que la Providencia parece reservar á todos los hombres de génio y de corazón, para hacer así, sin duda, más grande su nombre, más simpática su adversa suerte!

»Iparraguirre cuenta hoy cincuenta y ocho años escasos, y aunque los trabajos y las penalidades han conseguido doblar algun tanto aquel cuerpo entero y esbelto, señalando en su rostro las huellas de la ancianidad, conserva todavía jóven y alegre su corazón, vivo el entusiasmo á su país y á su pátria, que léjos de amenguarse ha

crecido, con el tiempo y la distancia, tan fogosa como hace veinte años su brillante imaginación, y le acompaña todavía su inseparable guitarra, testigo de mejores tiempos y compañera de sus triunfos.

»El famoso bardo posee bien las lenguas castellana, francesa é italiana, cuyas literaturas conoce bastante, y sigue cultivando con el amor y el entusiasmo de siempre su nativo idioma.

»Su figura es verdaderamente bíblica, su voz se ha cascado algo con los años, pero ni el tiempo ni las tristes realidades de la vida han podido secar su corazón, que conserva toda la lozanía de la juventud, ni agriar su constante buen humor y su agradable carácter.

»Bajo la corteza de un anciano, conserva el candor y la ingenuidad de un niño, junto con la experiencia de una larga y agitada vida, y no es fácil á veces adivinar al verlo, si ríe cuando llora, ó llora cuando ríe.

Su ideal hoy es traer á su lado su numerosa familia, de la que le separa

la dilatada extensión de los mares, y á la que ha abandonado por un momento, por el ánsia de volver á ver este país, para él tan querido, y encontrar en él una modesta colocación con la que poder pasar el resto de sus días entre estas hermosas montañas, á cuyo abrigo vió la luz primera, y en las que pasó los risueños días de su infancia.

»¡Bien venido seas, Iparraguirre!

»Que la Providencia, siempre bondadosa, colme tus deseos y tus esperanzas, te depare una tranquila vejez en torno de tu esposa y de tus hijos y al dulce calor de las nativas montañas, que tantas veces inspiraron tu acento y que tu último canto, al espirar el postrer suspiro, sea el tierno y sentido adios á la noble tierra euskara, y un cariñoso recuerdo á sus venerandas tradiciones.»

—

Nuestros votos sólo se han cumplido en parte. El pobre Iparraguirre ha muerto lejos de su familia, sin conseguir volver á abrazar á la compañera

de su vida, sin poder recibir las caricias de sus hijos, solo y triste en un humilde caserío.

En medio de la pobreza en que ha pasado los últimos años de su existencia, atenido á la modestísima pensión que le señalaron las Diputaciones de las tres provincias hermanas, y á los generosos donativos que de cuando en cuando le enviaban nuestros paisanos del Río de la Plata, el popular bardo ha legado todavía algunos ahorros á su familia, á la que dedicó su último recuerdo antes de morir, y despues de recibir los Santos Sacramentos, realizando en su favor sus disposiciones testamentarias.

Su muerte ha producido general sentimiento en el país euskaro, y su nombre vivirá eternamente en la memoria y en el corazón de los bascongados, asociado al culto del árbol de nuestras libertades, que supo cantar con valiente inspiración.

Hé aquí, ahora, los términos en que la Diputación provincial de Guipúzcoa hizo constar en acta de la se-

sión celebrada el día 9 del corriente mes su sentimiento por la muerte de Iparraguirre:

»Asociándose la Diputación al sen»timiento legítimo y unánime que ha »causado en el país el fallecimiento »del excelente vascongado y popular »bardo D. José María de Iparragui»rre, acuerda se haga constar en acta »que se ha enterado de esta irrepara»ble pérdida con el más profundo pe»sár, y encarga á la Comisión provin»cial que, para honrar y perpetuar la »memoria del insigne cantor de las »libertades euskaras, mande colocar »en el lugar sagrado en que descan»san sus preciados restos mortales un »modesto recuerdo que perpetúe sus »virtudes cívicas, como débil recom»pensa á sus incesantes trabajos de »propaganda de la música y poesía »vascongadas y en testimonio del gran »cariño y merecida estimación que »siempre le dispensó el país.»

JOSÉ MANTEROLA.

El Sr. D. Joaquín Castañeda, publicó en *La Unión Vasco Navarra*, la siguiente carta:

Zumárraga 9 de Abril de 1881.

Muy señor mio y amigo: comprendiendo que los lectores de su periódico desearán conocer en sus detalles lo ocurrido en la muerte de nuestro inolvidable Iparraguirre, me apresuro á comunicarle los pormenores del suceso que hoy lamenta el país euskaro.

Quince dias antes del fallecimiento, Iparraguirre había cenado en el caserío donde habitaba, con un sargento primero de miqueletes y otro individuo del cuerpo. El sargento se sintió indispuesto al otro día y falleció en Beasaín á las 48 horas. Esta desgracia, unida á la indisposición que también sobrevino á Iparraguirre, hizo nacer en el vulgo la sospecha de que en la cena debía haber alguna sustancia nociva que produjo el envenenamiento de ambos.

Pronto se desvaneció el rumor al pensar en la acrisolada honradez de la familia que ocupa el caserío donde vivía Iparraguirre. Por otra parte, lo infundado de la sospecha quedaba demostrado con sólo tener en cuenta el perfecto estado de salud en que

continuaban y por fortuna siguen el mique lete y otras personas que habían participado de la cena. Y por último, para que no pudiese quedar ni siquiera sombra de duda, la ilustrada opinión de los aventajados profesores de medicina de Beasáin, Gaviria, Zumárraga y cirujano de Ormaiztegui, que tanto se interesaron en depurar la verdad, vino á poner en claro que la verdadera causa de la muerte de Iparraguirre y el sargento de miqueletes fué un enfriamiento que ocasionó en ambos desgraciados una fuerte pulmonía.

Cuatro días antes de fallecer Iparraguirre, recibió los sacramentos y testó legando todo lo que posée á su buena esposa é hijos. En tan tristes actos, intervinieron los señores vicarios de Ichaso y Ezquiola y algunos testigos.

Aunque Iparraguirre tenía algunos fondos economizados sobre la cantidad que las Diputaciones hermanas le asignaban, no me pareció prudente hacer de ellos ningun uso, deseando conservarlos íntegros á disposición de la familia del finado, como en su última voluntad determinara éste. Fàcil me fué poder hacerlo así, pues, por fortuna, la sociedad *Euskalerría* de Bilbao, cuyo ardiente patriotismo no reconoce límites, apénas supo el fallecimiento de nuestro popular

poeta, por medio de un telegrama me autorizó con el más generoso desprendimiento á que dispusiera de sus fondos para atender á los gastos que en tales ocasiones se originan.

Como amigo del inspirado autor del *Guernicaco Arbola* y como buen vascongado, cúmpleme consignar aquí el testimonio solemne de mi gratitnd por el generoso rasgo de la sociedad *Euskalerría* de Bilbao, que tan alto habla en favor de sus nobles sentimientos y del interés con que mira todo lo que atañe á la gloria del solar euskaro.

Merced á la noble espontaneidad con que la *Euskalerría* se apresuró á ofrecerme los recursos necesarios, Iparraguirre conforme él deseaba, podrá dormir el sueño eterno en el mismo punto donde vió la luz del día, habiéndosele tributado los últimos homenages de una manera decorosa y digna.

Paro que así fuese, celebré una conferencia con el vicario de esta villa, manifestándole que no reparara en gastos é hiciera funerales de primera clase. Al día siguiente fuí á San Sebastián y enterando verbalmenmente al Sr. Gobernador de lo que ocurría, obtuve la autorización necesaria para la traslación del cadáver á Villarreal. Durante mi ausencia, el Vicario de este pueblo, dispuso se hiciese la caja mortuoria y un hábi-

to de San Francisco para el finado. Entretanto el cadáver de Iparraguirre hallábase velado por la amable familia con quien había vivido y por su íntimo amigo y compañero, el cantor navarro Zubiría, que al saber la triste noticia, acudió inmediatamente, traspasado de pena, á Sosabarro.

Al día siguiente y siete de la mañana envié un carruaje para traer el cadáver al puente que separa Villarreal de Zumárraga; junto á los restos mortales del cantor de las montañas iba Zubiría llorando amargamente.

Cuando el jóven Morla (inspirado autor del drama *Beotivar*) y yó, llegamos en otro coche al indicado puente, hallamos allí el clero con la cruz alzada, el teniente alcalde de Villarreal, que presidió el duelo, y muchísima gente de los contornos que deseaba rendir tributo de respeto y cariño á la memoria de Iparraguirre.

Inmediatamente, y asistiendo numerosa concurrencia, se celebraron los funerales y el entierro.

La circunstancia de llegar el tren expreso con cuatro horas de retraso fué causa de que no pudiese presidir la ceremonia el señor D. Julian Quiroga é Iparraguirre, sobrino del finado y Diputado provincial de Alava, que acudió desde Vitoria con dicho objeto. Este señor, persona dignísima y que

profesaba á su tío el más vivo afecto, iba hondamente contristado, pues se había visto sorprendido con la fatal noticia. Imposible es expresar la pena que le embargaba, considerando que por no haber sabido él nada de la enfermedad de Iparraguirre, no había habido un pariente cercano que cumpliera con el piadoso deber de recoger el último aliento y cerrar los ojos del malogrado vate.

Apenas llegó á ésta, vino llorando á mi casa, y cuando le enteré de todo nos dirigimos juntos al caserío de Sosabarro, á fin de dar las gracias á la honradísima familia que lo habita y demás personas que habían tenido ocasión de manifestar su cariño á Iparraguirre. Aquella misma tarde, después de celebrar una conferencia con el vicario de Ezquiola, regresó á Vitoria.

¿No cree V., señor Director, que debería apelarse al país para levantar un modesto panteón al hombre que tan profundo amor por la tierra euskara ha revelado en sus inmortales canciones y que sólo ha vivido para cantar las glorias de su pátria y las alegrías, los dolores y las esperanzas de sus hermanos?

Dispénseme que le haya molestado con tan larga carta y disponga como guste de su afectísimo amigo y S. S. Q. B. S. M.

JOAQUIN DE CASTAÑEDA.

NECROLOGÍA

JOSÉ MARÍA IPARRAGUIRRE

Iparraguirre ha muerto, el popular cantor de nuestras montañas, el que tantas veces conmovió con sus inspirados acentos nuestros tranquilos valles, ha bajado al sepulcro, en un apartado caserío de su tierra natal, á la que tanto amaba, separado por la inmensidad de los mares de su numerosa familia, que deja en la pobreza; el que, aclamado por las muchedumbres electrizadas al escuchar su canto al árbol de Guernica, fué el ídolo de este país y llegó á inspirar sérios temores al Gobierno, que veía en el humilde bardo un futuro Tirteo, ha espirado en la soledad.

José María Iparraguirre nació en Villarreal de Urrechu, (Guipúzcoa) por el año de 1820. Despues de estudiar el latín en Vitoria, pasó á Madrid en 1833, cursando durante algun tiempo en el Real Colegio de San Isidro; pero, sobreviniendo la guerra civil de los 7 años, y no pudiendo contener el jóven estudiante su espíritu aventurero, abandonó las Cátedras, escapándose á pié á su país, donde se incorporó á las filas carlistas «sin más opinión que el amor á sus paisanos,» segun manifestaba en una de sus recientes cartas, siendo herido en la acción de Arrigorriaga, y formando parte de la guardia de honor de D. Cárlos, hasta la terminación de aquella triste y cruenta lucha.

Emigró á Francia Iparraguirre entónces, y allí aprendió la lengua francesa,—que, como el español y el italiano, hablaba correctamente—y estudió su literatura; pero, aguijoneado siempre por su espíritu inquieto y su afán de ver tierras, dedicóse á cantor ambulante, y utilizando sus conoci-

mientos musicales y su hermosa voz, cruzó, con la guitarra al hombro, los Alpes y recorrió Italia, Suiza, Alemania é Inglaterra, improvisando la letra y la música de inspiradas canciones, por todos admiradas y aplaudidas. Habiéndole facilitado el General Mazarredo pasaporte para volver á España, presentóse Iparraguirre en Bilbao y recorrió el país improvisando en medio de singulares demostraciones de simpatía; fué á Madrid, donde compuso—y se oyó por primera vez en el café de San Luis, de la calle de la Montera—el célebre *Guernikako Arbola*, que pudiera calificarse de himno nacional de la Euskal-Erría; volvió á recorrer el país vascongado, cantando con su inseparable guitarra, en teatros, plazas y montañas; y héroe obligado de toda romería, entusiasmó á esta honrada tierra é hizo vibrar el sentimiento patriótico de un modo tal, que alarmado el Gobierno español, lo desterró del solar euskaro, juzgando peligrosa su permanencia en él.

Por los años de 1857 ó 1858 embar-

cóse Iparraguirre para la Confederación Argentina, y allá casó con una honrada guipuzcoana, teniendo una familia numerosa; despues de permanecer veinte años en aquellas lejanas comarcas, donde fué víctima de reveses y amarguras sin cuento, regresó el pobre bardo á su tierra nativa, con la que sin cesár soñaba en las solitarias márgenes del Plata; pero regresó viejo y pobre; y si bien su alma se conmovió de gozó al pisar la tierra bendita donde tan popular era su nombre, amargaba su vida el recuerdo de su familia ausente, lo precario y angustioso de su situación y el tristísimo espectáculo que presenta el noble pueblo euskaro, desposeído, ¡Ay de aquellas santas libertades que con tan inspirados acentos había cantado en otro tiempo! A pesar de todo, aun conservaba *José Mari*—como afectuosa y generalmente aquí le apellidábamos—algo de su jovialidad y buen humor pasados; y cuando se veía rodeado de amigos, su corazón de niño reflejaba la alegría de sus mejores tiempos.

A la par que su espíritu, su cuerpo había tambien sufrido un cambio notable: á la apostura y gallardía que le distinguían en su juventud, habían sustituido los venerables rasgos de la ancianidad; su cabellera y su luenga barba encanecidas; las arrugas que surcaban su rostro—trazos amargos grabados por el buril del sufrimiento —sus ojos dulces é inteligentes que se iluminaban con extraños resplandores en los momentos de patriótico entusiasmo; todos los rasgos de su fisonomía, en fin, le daban un aspecto patriarcal, y recordaban esas figuras de anciano delineadas por el *Dominiquino*, cuya expresión profunda y conmovedora imita en vano el superficial arte contemporáneo. Pero, ya lo hemos dicho; Iparraguirre no había variado en sus ideas, y en sus aficiones; era el mismo cantor de las gloriosas libertades euskaras; era el ferviente admirador de las montañas vascongadas, y bastaba que presenciase una romería, una fiesta popular, para que se transformara el anciano en jóven

entusiasta, y al calor de los recuerdos brotasen de su alma cantos que entonaba ó recitaba en voz algo cascada, pero con una energía y un sentimiento tales, que conmovían profundamente á cuantos le escuchaban.

La escasez de recursos, y sus antiguos hábitos, le hacían con frecuencia viajar á pié, y así le vimos llegar á Elizondo hace dos años, atraído por el anuncio de las fiestas que la Asociación Euskara celebró en aquel pueblo, á donde se trasladó desde Gaviria de Guipúzcoa, si mal no recordamos. Detalle pintoresco: durante aquella expedición que emprendió sin más equipaje que su nudoso *makilla*, improvisaba según costumbre, y compuso la letra y música de un zortzico que dedicó á la Asociación mencionada, deteniéndose algunos instantes en casa del organista de uno de los pueblecillos por donde atravesara, para escribir su composición.

Las poesías de Iparraguirre se distinguen por su ternura y su energía; pero entre todas descuellan por su mé-

rito la titulada *Nere maitiarentzat,* el conmovedor *Adiyo Euskal-Erríari*, que compuso en el momento en que iba á embarcarse para el Nuevo Mundo, y el Grandioso *Guernikako Arbola*, canto que hizo la celebridad de su modesto autor y unió para siempre su nombre al del sagrado símbolo de nuestras libertades.

Iparraguirre, atormentado durante su permanencia en tierras extrañas por una invencible nostalgía, pudo al fin realizar sus deseos, volviendo á su país, gracias á la generosidad de la colonia euskara residente en la República Argentina, la cual, por medio de una suscripción, le facilitó fondos, no sólo para pagar su pasage y asegurar su existencia durante algunos meses, sino para subvenir á las necesidades más perentorias de su mujer y sus ocho hijos, que dejó en América, mientras encontraba medios de trasladarlos y establecerlos á su lado en este país. La fortuna, sin embargo, no le favoreció como esperaba, y, agotados sus recursos, pudo soste-

nerse, gracias á la protección que le prestara la Asociación Euskara de Navarra (de la que era sócio honorario), y las Diputaciones Forales, que le señalaron una módica pensión.

Esta era la situación de Iparraguirre cuando, víctima de aguda dolencia, ha bajado al sepulcro, sin más consuelo que mitigara la pena de verse separado de su familia, que el morir en la tierra que tanto amaba, y, sobre todo, el recibir los sublimes auxilios de nuestra sacrosanta Religión. Su errante destino le ha conducido á terminar la vida en *su vallecito*, como cariñosamente le llamaba, del mismo modo que el ave viajera, después de cruzar continentes y mares, viene instintivamente á refugiarse en el nido que le vió nacer.

Dos ó tres amigos—además de los respetables sacerdotes que le administraron los Santos Sacramentos, y de los distinguidos facultativos que le asistieron—endulzaron con su presencia los últimos momentos del pobre bardo; y su querido é inseparable

compañero, el cantor é improvisador Zubiría, que acudió á su lado cuando aquél ya no existía, acompañó llorando los restos de José Mari, desde el caserío de Sosabarro hasta el Campo-santo de Villarreal de Urrechu.

La Sociedad bilbaína titulada *Euskal-Erría*, con su desprendimiento y patriotismo habituales, apenas supo la enfermedad de Iparraguirre, envió fondos para atender á sus necesidades; pero, por desgracia, sólo sirvieron para costear sus funerales.

La misma Sociedad ha iniciado una suscripción, destinada á erigir un monumento al cantor del Arbol de Guernica, pensamiento que no puede menos de encontrar ardientes simpatías entre los vasco-navarros, y al que con entusiasmo nos asociamos.

En ese sencillo monumento, sobre el que debería extender su sombra un renuevo del sagrado roble, podrían grabarse aquellos versos del desgraciado poeta que tan enérgica y tiernamente retratan su alma vascongada y con tal elocuencia expresan los senti-

mientos más queridos de los hijos de estas montañas:

«Biotzan gurutza
Eskuan bandera,
Esan lotsarikgabe
Euskaldunak guera!»

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

EL ÁRBOL DE GUERNICA

¡EL REY HA MUERTO! ¡VIVA EL REY!

Si hay algun pueblo que con razón blasone del derecho de poder lanzar al viento en este instante el histórico grito que lleva por cabeza este artículo, es el que tiene la gloria de asentarse en este apartado rincón de la Península, donde se alzaba hacía ya cuatrocientos años el más augusto de los árboles de la libertad, el santo Roble de Guernica, quien después de anunciar su muerte tiempo hacía, reverdeció por última vez en esta primavera como para despedirse de la tierra nativa que le robusteció y sustentó, y para dejar por herencia á su hijo, allí presente, las postreras hojas de sus ramas, pálidas y enfermas, triste galardón de la decrepitud, é ineficácia de la sávia senil. Y ha muerto este santo árbol, después de haber sido contemplado por

centenares de generaciones, por millones de curiosos admiradores, filósofos, cronistas, historiadores, poetas, literatos y eruditos, unos:—pintores, escultores, anticuarios, arqueólogos, filólogos, numismáticos, otros:—oradores, apóstoles, misioneros, teólogos, taumaturgos y reformistas, algunos:—arquitectos, ingenieros, músicos, actores y cantores, geómetras, matemáticos, astrónomos, naturalistas, médicos, botánicos, agrónomos y agricultores, no pocos:—y navegantes, viajeros, marinos, geógrafos, guerreros, generales, jefes de bandería y aventureros, legisladores, estadistas, y políticos, los más:—y finalmente, por otros muchísimos hombres eminentes, que han florecido desde el glorioso reinado de los primeros Reyes de Castilla, los Católicos, hasta los que rinden culto al saber en el de la virtuosa reina, por tantos títulos digna de loa, Doña María Cristina de Aupsburgo.

Pero no ha muerto el Arbol de Guernica como mueren las cosas vulgares de la tierra, desapareciendo para no volver jamás, borrándose de la memoria, como objeto de tránsito pasajero, sin sustitución que lo recuerde y lo mantenga eterno en la mente de los hombres. No ha muerto, en realidad de verdad, ni ha desaparecido tampoco, porque los símbolos, que son la represen-

tación, figura ó semejanza qne nos dá á conocer ó nos explica otra cosa, no mueren ni pueden morir, porque son emblemas tradicionales, y menos en la ocasión presente en que ahí queda viva y gallardamente representado otro símbolo, plantado como el Arbol viejo de Guernica, ó como el de Arechabalagana, ó el Malato, ó el de Avellaneda, cada uno de los que tuvieron y conservan dentro del Señorío de Bizcaya su más legítima significación.

No ha muerto el árbol sagrado de Guernica porque si bien las ramas de tan respetable anciano que sombrearon donairosamente por espacio de cuatro siglos el tronco primero, y después la rústica silla en que se sentaban los más poderosos reyes de Castilla para jurar los fueros y libertades á los bizcaínos, no se ven hoy agitadas por el viento, en cambio las lozanas y juveniles hojas de esmeralda de su hermoso y robusto hijo que ya eleva hácia los cielos su gallarda copa, sombrean aquellos plácidos é históricos lugares, el augusto recinto en que la imágen de la Madre de Dios era venerada antes de la injusta ley de 1876, y aquel elegante pabellón en que sentado el Gobierno Universal, con el representante del Señor rey de España, su Corregidor, presenciaban la entrega de los poderes con-

cedidos por los pueblos á sus vecinos más honrados y capaces para que les defendieran en su Batzartoquia, ó popular Asamblea.

No ha muerto el Santo Roble de Guernica, que es el libro prehistórico de las libertades de uno de los pueblos más antiguos del mundo, escrito por los primeros pobladores de España, los iberos, raza indígena con habla y costumbres propias, sin mezcolanzas nómadas y aventureras, proclamada solemnemente en los momentos mismos en que la envidia y la superchería le arrancaban de cuajo las venerandas instituciones por que se gobernaba, con nacionalidad antigua y perfecta, conservadora del tesoro más inapreciable como es esa misma lengua, esas mismas patriarcales costumbres, la pureza y virilidad de su raza primitiva.

Y como no ha muerto, porque vive arrogante el continuador y heredero de su antigua historia; y como los pueblos mecidos en la cuna de las instituciones democráticas que han aspirado desde el nacer las auras de la libertad, jamás olvidan sus primeras enseñanzas y las conservan eternamente en sus corazones, esperan el día en que rueden por el suelo esas leyes arrancadas á la justicia en mal hora por la fuerza, para que vuelvan las cosas á su sér y estado primitivos, y en que el jóven y robusto árbol de

Guernica, nieto de aquel roble primitivo que nació al pie del cano Cosnoaga, al que no alcanzan á ver en la sombra de los siglos ni la vista, ni la inteligencia, ni la perspicácia humana, pueda contar como su padre tantas convulsiones sociales y políticas como presenció, tantas guerras civiles y religiosas, tantos imperios caídos y levantados, tantas luchas y bonanzas, mientras que él, lozano y donairoso, profundamente arraigado y erguida la abundante copa, sin mezclarse en agenas contiendas, vivió feliz y gobernado por las sábias y sencillas leyes de su pueblo, sin que nadie se atreviese siquiera á amenazarle. Y fué tanto esto así, que la historia y la poesía se encargaron de contar y cantar, en toda clase de tonos, su hermosa y genuina significación: sirvió de pauta ó modelo para que otros pueblos europeos le imitaran, calcando sus leyes y dándoselas á sí propios: causó la admiración de aquellos que, como el norteamericano, al arribar los puritanos á sus playas, trató de conservar este suceso plantando en ellas un árbol parecido al vizcaíno, para que lo perpetuase y fuese el símbolo inmortal de sus libertades; la poesía épica y la dramática escribieron en loor suyo sonoros y admirables versos, que se recitaban en los teatros y en las Academias, y hasta

los poetas extrangeros pulsaron sus liras, enderezándole las composiciones más tiernas y entusiastas.

¿Hay, por ventura, quien ignore que el Padre Téllez, más conocido por el pseudónimo de Tirso de Molina, en su famosa comedia *La prudencia en la mujer*, puso en boca del señor de Vizcaya, D. Diego de Haro, las más robustas y atrevidas octavas reales, enalteciendo las excelencias de sus vasallos y las glorias del Arbol de Guernica, que de seguro no hubiese permitido la censura moderna que se recitasen ante el público de sus teatros? ¿Quién no sabe que Rousseau, el profeta de la soberanía de los pueblos, le aclamó con santo respeto y entusiasmo en sus obras, y que estos párrafos fueron calificados como unos de los más bellos rasgos de su ingenio? ¿Las legiones de la República francesa, al atravesar la villa de Guernica, no interrumpieron su marcha para subir al Alto de la Antigua y saludar en él al Arbol más viejo de la Libertad, presentándole las armas, ornándolas enseguida con sus sagradas ramas y ciñendo las sienes sus soldados con coronas tejidas por sus hojas? Tallien, el más fogoso de los Convencionales, marido de la hermosa española María Teresa de Cabarrús, viuda de Fontenay, ¿qué dijo en una de sus

ardientes peroraciones, defendiendo á los thermidorianos? Proclamó y bendijo al roble de Guernica, deplorando que su pátria no poseyese leyes tan sábias y tan libres como las que se elaboraron á su sombra. Víctor Hugo, el filósofo-poeta, ¿le negó jamás sus mercedes literarias? ¿No le llamó el rey de los hombres libres, y añadió «que todo aquel que ha visitado una vez la tierra vascongada, desea volver á ella?» ¿No le cantó también el tiernísimo poeta inglés Wordsworth, el año 1810, época en que, cual hoy, se hallaba en suspenso nuestro sabio régimen foral¿ Y en nuestros mismos tiempos, ¿no compuso Altuna, jóven y malogrado músico vizcaíno, á quien recordará siempre quien lleve sangre vascongada en sus venas, el admirable himno *Guernicako-Arbola*, que desde que se oyen sus primeras notas inflama los corazones, reverdece antiguas glorias y excita todos los sentimientos del amor pátrio, incluso los que conducen hasta el heroísmo?...

Pero ¿á qué cansarnos rebuscando autoridades extrangeras, aparte de esta última, si en nuestra misma pátria tenemos quienes han elevado su voz al ocuparse del sagrado árbol y de las leyes que á su sombra se engendraron? ¿No aseguraba Olózaga que los Fueros vascongados merecían su mayor

respeto, porque son la obra de las edades, y que el árbol de Guernica era la prueba más elocuente de que la libertad es más antigua que el despotismo, y que la libertad de los pueblos es más fuerte que la dominación de todos los déspotas? Castelar, el orador más erudito y de más rica y poderosa imaginación, ...
. . . . . . ¿qué dijo en el Congreso al ser aprobada la maldecida ley de 21 de Junio?... «Aquí asistimos á los funerales de »la libertad de una raza con el recogimien»to y el dolor con que se asiste siempre á »todas las sublimes tristezas de la muerte. »Las hojas del árbol de Guernica ruedan »ahí secas, sin producir sobre ese pavi»mento ni el ruido que producen sobre la »tierra humedecida por lluvias del otoño.

»Lo que más se oye es el triste lamento »de aquellos que nacieron á su bendita »sombra y que no podrán legarla á sus »hijos. Y hay que decirlo: algo grande »muere hoy en la nacionalidad española; »mueren libertades antiguas que unían, á »la virtud del derecho, el prestigio de la »poesía y de la historia. Pero ¡ah!, que al »oír á los euskaros defender con desespe»ración los últimos crepúsculos de sus fue»ros en el ocaso, me parece oír la voz de »sus padres que les dicen cómo las liberta-

»des adquiridas y conservadas por la sen»satez y la prudencia, se pierden por sus »locuras y las insensateces de la guerra.» Y hasta el mismo Cánovas, el engendrador y ejecutor de la fatídica ley, que tuvo en su mano, siendo, como ahora, Presidente del Consejo de Ministros, autoridad bastante para atenuar, cuando menos, los destructores efectos que iba á producir en las Provincias Vascongadas, decía en un libro pocos años antes: «Las libertades locales »de los vascongados, como todas las que »engendra y crea la historia, aprovechan á »los que las disfrutan, y á nadie dañan, »*como no sea que se tome por daño la justa* »*envidia que en otros excitan.*» Qué mucho, pues, que con tantas y tan eminentes opiniones, y otras más que levantan el nombre del símbolo de nuestras antiguas libertades, al saludar al jóven heredero de todas sus grandezas, no gritemos también con entusiasmo:

¡El Rey ha muerto! ¿Viva el Rey?

Gritaremos, mientras no nos falte el aliento, como gritaron el Padre Téllez, y Rousseau, y las legiones de la República francesa, y Tallien, y Víctor Hugo, y Olózaga, y Castelar, y el mismo señor presidente del actual Consejo de Ministros. Y ratificaremos además con nuestra humilde

voz y escasas fuerzas todos los pensamientos, todas las bellísimas imágenes y conceptos de las hermosas poesías que insertamos á continuación, dedicadas en épocas distintas, como otras muchas, á cantar las glorias del más añoso de los árboles de la Libertad, reemplazado ya por su más legítimo heredero el jóven, inmarcesible y santo ROBLE DE GUERNICA.

JUAN E. DELMAS.

GUERNICACO - ARBOLA

(DIALECTO GUIPUZCOANO)

I

Guernicaco arbola
Da bedeincatuba,
Euscaldunen artean
Guztiz maitatuba.
Eman ta zabaltzazu
Munduban frutuba
Adoratzen zaitugu
Arbola santuba.
Eman ta zabaltzazu
Munduban frutuba
Adoratzen zaitugu
Arbola santuba.

II

Milla urte inguru da
Esaten dutela,
Jaincoac jarrizubela
Guernicaco Arbola.

Zade bada zutican,
Orain da dembora,
Eroritzen bazera
Arras galduguera.
Zade bada zutican,
Orain da dembora,
Eroritzen bazera
Arras galduguera.

III

Eztzera erorico,
Arbola maitea,
Boldin portatzen bada
Bizcaico juntia.
Lauroc artuco degu
Zurekin partia,
Pakia bizi dedin
Euskaldun gentia.
Lauroc artuco degu
Zurekin partia,
Pakian bizi dedin
Euskaldun gentia.

IV

Betico bizi dedin
Jaunari escatzeco
Jarri gaitezen danoc
Laster belaunico,

Eta biotzetican
Escatu ezkero,
Arbola bizico da
Orain eta guero.
Eta biotzetican
Escatu ezkero,
Arbola bizico da
Orain eta guero.

V

Arbola botatzia
Dutela pentzatu
Euscal-erriguztiyan
Denac badakiyu:
Ea bada gendia
Dembora orain degu,
Erori gabetanic
Iruki biagu.
Ea bada gendia
Dembora orain degu,
Erori gabetanic
Iruki biagu.

VI

Beti egongozera
Uda berricua,
Lore ainziñetaco
Mancha gabecua

Errukizaitez bada
Biotz gurecua,
Dembora galdu gabe
Emanic fruta.
Errukizaitez bada
Biotz gurecua,
Dembora galdu gabe
Emanic frutua.

VII

Arbolac erantzun du
Contus bizitzeco,
Eta biotzetican
Jaunari escatzeco.
Guerraric nai ez degu,
Pakea betico
Gure legue zuzenac
Emen maitatzeco.
Guerraric nai ez degu,
Pakea betico
Gure legue zuzenac
Emen maitatzeco.

VIII

Erregutu diogun
Jaungoico jaunari
Paquea emateco
Orain eta beti.

Bai eta indarrere
Zedorren lurrari,
Eta bendiziyoa
Euscal-erriyari.
Bai eta indarrere
Zedorren lurrari,
Eta bendiziyoa
Euscal-erriyari.

TRADUCCIÓN CASTELLANA

EN PROSA

I

El árbol de Guernica es *(un símbolo)* bendito, amado de corazón por todos los vascongados.

Árbol santo, extiende y propaga tu fruto por el mundo. Nosotros te adoramos.

II

Hace ya sobre mil años que dicen plantó Dios el roble de Guernica.

Permanece, pues, en pié, árbol sagrado; no vayas á caerte en estos momentos, pues

sin tu benéfica sombra somos completamente perdidos *(los que vivimos bajo tu protector amparo)*.

III

No caerás, no, árbol amado, si al menos se conduce cual debe la Junta de Vizcaya.

Las cuatro *(provincias hermanas)* te prestaremos nuestro apoyo, á fin de que viva en paz el país vascongado.

IV

Para pedir á Dios viva eternamente ese sagrado símbolo, hinquémonos todos al punto de rodillas, que si *(le)* pedimos de corazón, el secular roble vivirá ahora y luego *(ó por siempre)*.

V

En la tierra vascongada todos sabemos que se ha tratado de derribar el árbol *(de Guernica)*.

Ea, pues, ahora es tiempo de que aunemos nuestros esfuerzos y prestemos nuestro apoyo para mantenerle en pié.

VI

Siempre permanecerás frondoso, cual en eterna primavera, roble secular y sin mancha, *(testigo feliz)* de antiguas edades.

Ten compasión de nosotros, pues te amamos de corazón, y ofrécenos presto (*y de nuevo*) tu (*sabroso*) fruto.

VII

El añoso roble ha contestado (*ó nos dice*) que vivamos apercibidos, y que pidamos á Dios por su conservación desde lo hondo del pecho.

No deseamos la guerra, queremos una paz inalterable, para vivir tranquilos al calor de nuestras seculares leyes, y en dulce amor á ellas.

VIII

Roguemos todos á Dios nos conceda eterna paz, que fecunde la tierra que mantiene el árbol de nuestras libertades, y derrame su bendición sobre el país euskaro.

TRADUCCIÓN EN VERSO

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA

I

El árbol de Guernica
es símbolo bendito
que ama todo euskalduna
con entrañable amor.
Arbol santo, propaga
tu fruto por el mundo,

mientras te tributamos
ferviente adoración.

II

Según la historia dice,
el árbol de Guernica
hace más de mil años
plantado por Dios fué.
Arbol santo, no caigas,
que sin tu dulce sombra
completa, irremisible,
nuestra perdición es.

III

No caerás, roble amado,
si cumple sus deberes
Vizcaya reunida
en junta general;
porque las cuatro hermanas
te prestarán su apoyo
para que el euskalduna
viva libre y en paz.

IV

Para que nunca caiga
ese sagrado símbolo,
doblemos la rodilla
é invoquemos á Dios,
que el árbol sacrosanto

vivirá eternamente,
si á Dios se lo pedimos
de todo corazón.

V

Como todos sabemos,
en la tierra euskalduna,
derribar se ha intentado
el árbol seculár.
Aunemos nuestras fuerzas
para prestarle apoyo
y en pié seguirá el símbolo
de nuestra libertad.

VI

Roble antiguo y sin mancha,
permanece lozano
y en primavera eterna
como en tiempo mejor.
Ten piedad de nosotros
y préstanos tu sombra,
porque todos te amamos
de todo corazón.

VII

El árbol nos responde:
«Vivid apercibidos!
Que yo no caiga nunca
á Dios siempre pedid!»

No deseemos guerra,
que en paz con nuestras leyes
sábias, libres y amadas
deseamos vivir.

VIII

Pidamos á Dios todos
que con la paz fecunde
la tierra que sustenta
al árbol seculár,
y su bendición santa
derrame generoso
sobre el pueblo euskalduna
que culto á este árbol dá!

Á MI QUERIDO AMIGO

D. JUAN ITURRALDE Y SUIT

—

Hace años me propuse verter al castellano, en verso, los cantos más notables de la poesía euskara, y muy principalmente los históricos, con objeto de incluirlos todos en una nueva edición del *Libro de las Montañas*, cuyo desaliño literario, sólo perdonable en virtud del amor pátrio que anima el fondo del libro, reclama esta ampliación y no pocas reformas puramente

estéticas. Empecé mi tarea por la versión del de los *Cántabros*, que dí á luz en la *Ilustración Española y Americana*, con las ilustraciones que se me alcanzaron, y enseguida emprendí la del de *Altabiscar*.

Esta última versión era dificilísima, como lo probaba el poco éxito con que la habían ensayado poetas de mucho talento, entre ellos la insigne escritora, D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda. Con posterioridad al tiempo en que la proyecté y comencé, aparececió un nuevo ensayo de nuestro Olóriz, gloria ya del Parnaso vasco-navarro, pero aún así he continuado mi tarea. No sé si habré sido en ella más feliz que mis predecesores; pero sí que, conociéndome inferior á ellos en ingenio, he querido suplir esta inferioridad con mayor empeño en vencer las dificultades que la versión ofrecía. Si no doy aún á conocer la del canto de Altabíscar, es porque aún no me satisface por completo, y espero perfeccionarla antes de publicarla.

Mi tercer ensayo en la versión castellana de los cantos históricos, que el Sr. Manterola ha incluído en su nunca bastante elogiado *Cancionero Vasco*, poniendo la traducción literal en prosa á continuación del texto euskaro, es el que someto hoy al juicio de los lectores de *El Noticiero Bilbaino*.

Este ensayo es el de una traducción en verso del afamado canto de D. José María de Iparraguirre, *Guernicaco-Arbola*. Es el primero, al menos que yo sepa, de que ha sido objeto la popularísima inspiración poético-musical de Iparraguirre y Altuna, autor este último de la música de tan celebrado canto.

Las traducciones en verso, y más de lenguas tan desemejantes como la euskara y la castellana, no pueden ni deben ser literales: lo más que se puede exigir en ellas es que conserven con fidelidad el fondo y la cadencia métrica del original, y esto es lo que yo he procurado y creo haber conseguido en la traducción castellana del inmortal *Guernicaco-Arbola*. Esta traducción conserva fielmente el pensamiente de Iparraguirre y se puede cantar con la música de Altuna. Siendo la lengua euskara desconocida á casi la totalidad de los que no han nacido en este rinconcillo de España, donde por milagro de Dios se conserva desde que hace veinte siglos se refugió en él, proscripta del resto de la Península Ibérica por las invasiones extranjeras, y gozando fama universal el himno de Iparraguirre y Altuna, por la inmensa popularidad que en las provincias vasco-navarras tiene, son infinitas las personas que

desean conocer los conceptos que dan vida á esta inspiración poético-musical. Creo que mi versión del *Guernicaco-Arbola* satisface este deseo. Juzguen si me equivoco ó no, los que conocen el original, y los que no le conocen estén seguros de que he hecho cuanto he podido por satisfacer su curiosidad literaria.

ANTONIO DE TRUEBA.

EL ZORTZICO TITULADO
EL GUERNICA

I

El Guernica y sus tres periodos: Composición, propaganda y generalización.—Cómo se compuso y dónde se cantó por primera vez El Guernica.—Efecto que produjo y su propagación.—Conmoción que causó en el país vascongado cuando lo cantó Iparraguirre.—Altuna, colaborador de Iparraguirre.—Cómo pinta don Pedro de Egaña á Iparraguirre y á El Guernica.—Mi juicio sobre El Guernica.—Necesidad de una traducción castellana.

Este zortzico, llamado en el lenguage familiar *El Guernica*, —aunque su nombre es en vascuence *Guernicaco Arbola* y en castellano *El Arbol de Guernica*,— tiene tres épocas bien distintas y señaladas, en cada una de las cuales aparecen los principales factores de su significación actual: su composición, en la que sólo se ve la

figura de su autor, un jóven aventurero, lleno de entusiasmo por los ideales y de amor por el obscuro rincón de la Península en que viera la luz por primera vez; su propaganda, rápida y completa, en el país á que estaba consagrado, y que veía en este himno simbolizados todos sus recuerdos, todas sus esperanzas, todas sus dichas y sus glorias, y, en ella, el pueblo vascongado se impregna más y más de lo que corría peligro de ser olvidado, dadas las corrientes del siglo; y su generalización ó universalización en todo el país euskaro, en el que no hay uno que no lo conozca y cante, hasta el punto de haberse convertido en el himno puro y genuinamente vasco que, á su mérito literario, une el sentimiento que palpita en cada una de sus estrofas, sentimiento que le transforma en un pueblo que quiere gobernarse á sí mismo, sentimiento basado en la convicción de la justicia y el derecho que asiste á los habitantes de este país á regirse y gobernarse por sus antiguas y queri-

das leyes, con las que por tantos siglos vivieron felices sin mengua ni daño de otras regiones de España.

El Guernica, lo compuso Iparraguirre estando en Madrid, á donde había llegado para dirigirse á sus provincias queridas, tras de veinte años de estar alejado de ellas. Había por entonces, en 1853, en Madrid, muchos vascongados, estudiando la mayor parte de las diversas carreras facultativas ó profesionales, dedicados otros al comercio ó á los negocios, constituyendo una colonia bastante considerable, cuyo núcleo principal tenía por punto de reunión el café titulado de «San Luis», en la calle de la Montera. Una noche, prévio aviso de que el bardo eúskaro se proponía dar á conocer un nuevo zortzico suyo, dedicado al árbol de Guernica, juntáronse la mayor parte de los vascongados residentes en Madrid, en tan modesto establecimiento, aguardando impacientes la llegada de Iparraguirre. Presentóse éste, y, acompañado al piano por otro vascongado, don

Juan José Altuna, —que es, probablemente, el autor de la música de *El Guernica,*— cantó su característico é inmortal himno, de tal manera, que el entusiasmo rayó en delirio, y, tras una tempestad deshecha de aplausos y aclamaciones, los que lo escucharon y aprendieron, que fueron muchos, lo cantaron á última hora en coro, victoreando á sus autores. Desde entonces quedó consagrado *El Guernica,* y no tardó en ser conocido y entonado por todos los vascongados residentes en Madrid, que lo llevaron á su país, donde se propagó hasta en los más ignorados caseríos, despertando entusiasmo y sentimiento de amor á las instituciones vascongadas.

Cuando un año después de compuesto y cantado, Iparraguirre llegó á su país, recorriendo los principales pueblos, villas y caseríos, cantó en todos ellos su original himno, produciendo los mismos efectos donde quiera que su voz varonil, que acompañaba con su guitarra, entonaba las viriles estrofas de aquel canto inspi-

rado, enardeciendo los ánimos y derramando en ellos el consuelo, la alegría y la esperanza que tan admirablemente había sabido expresar.

Mas, sucedió que, una vez, en una de las romerías tan frecuentes en el país vascongado, y en las que el espíritu religioso no es obstáculo á la espansión y al júbilo de un pueblo honrado, trabajador y sóbrio, Iparraguirre, que era la nota obligada de estas fiestas, entonó su patriótico canto ante una multitud inmensa, siendo tal el frenesí que aquellas notas dulces y enérgicas produjeron en los que las oían, que á la admiración sucedió el entusiasmo; vino después el delirio y, espontáneamente, se produjo una manifestación, si tranquila, imponente, por el número y por las circunstancias. Llegó esto á conocimiento del Gobierno, el cual, temiendo infundadamente otros extremos, desterró á Iparraguirre del país vascongado, pues llegó á creer que su influencia y popularidad serían causa á producir algaradas y trastor-

nos que estaban muy lejos del ánimo de los honrados y pacíficos vascongados, que se contentaban con amar y respetar sus fueros y desear su perpétua conservación. Pero, si un poder desconfiado pudo alejar la causa de aquel renacimiento del espíritu vascongado, no pudo en modo alguno impedir el efecto, y éste fué infinitamente más grande que el que el mismo autor de *El Guernica* se imaginara, hasta el punto de que este canto fuese en todo el país el símbolo de sus libertades, como lo es ahora que se lloran perdidas, y que, extendiéndose por el país entero, por la nación, traspasando las fronteras, atravesando los mares, do quiera que latiese un corazón vascongado ó amante de la libertad y de la justicia, resonasen sus ecos repetidos por millares de voces, así en los momentos de júbilo y contento, como en los trances de amargura y desconsuelo.

Hemos dicho que la música de *El Guernica* es del amigo y paisano de Iparraguirre, D. Juan José Altuna, y

acerca de esto es conveniente hacerse cargo de lo que dice el meritísimo escritor guipuzcoano D. José Manterola, persona competentísima en asuntos referentes á la literatura del país vasco. Según mi llorado amigo, aunque durante mucho tiempo, y aún actualmente para algunos, la letra y la música de *El Guernica* son obra exclusiva de Iparraguirre, no debe creerse así, sino atribuirse la parte artística á dicho Sr. Altuna, haciéndoselo creer y afirmar así al erudito vascófilo, una carta de otro vascongado entendido, D. Miguel de Ostolaza, en la que le manifiesta haber conocido y tratado á dicho señor Altuna, de cuyos labios había oído que acababa de escribir la música para un zortzico de Iparraguirre, que resultó ser *El Guernicaco Arbola*. Lo que hubo es que el Sr. Altuna dió á Iparraguirre el borrón de la composición, y éste la aprendió y cantó á su modo, variando la introducción, de la que suprimió cuatro compases, y modificándola de modo que quedara como está en la actualidad.

Pero, aún siendo la música de otro, esto no amengua el mérito y la gloria de Iparraguirre, que, en su sublime canto, acertó á dar á su zortzico los acentos más patrióticos y apasionados, la dulzura y la melancolía más apacibles, á la par que las notas viriles y enérgicas que inspiran la convicción del derecho y de la justicia que asiste á los vascongados y la forma correcta y delicada, expresiva y simpática, que constituye su valor literario, tan estimable ó más que la labor del músico que, en estos elementos, debió hallar la fuente de su inspiración.

¡Gloria, pues, al poeta y al músico que tan perfectamente supieron encerrar en pocas estrofas y en tan sencillas notas, el espíritu vascongado, consiguiendo inmortalizar sus nombres, que irán siempre unidos á los recuerdos, á las esperanzas, á las tradiciones gloriosas de un país en cuyo honor y por cuya felicidad pulsaron sus liras inspiradas!

II

Se discutía en el mes de Junio de 1864, en el Senado español, *La Cuestión de Fueros*. El Sr. Sánchez Silva, que ha sido siempre monomaníaco por este asunto, que conocía mal, como estudiado con prejuicios y propósitos determinados, había dicho la horrible blasfemia de que los vascongados no querían los fueros.

Egaña, D. Pedro Egaña, uno de los hombres civiles más eminentes que ha tenido la tierra vascongada en este siglo, combatió á Sánchez Silva con argumentos irrebatibles. «Yo no soy partidario del sufragio universal, decía; pero ahora que está en moda, especialmente entre las personas que pertenecen á la comunión política del Sr. Sánchez Silva, el presentar el sufragio universal como el orígen de todas las verdaderas legitimidades, yo le reto á que obtenga del Gobierno el que abra un registro para obtener el sufragio universal de las tres provincias, y yo me dejo cortar una oreja si hay un sólo vascongado que diga que

no ama sus instituciones, que no ama las leyes de sus padres más que su propia vida. ¡Y cómo no las han de amar si, durante siglos, esas instituciones sapientísimas les han proporcionado, mejor que las leyes de ningun otro pueblo, paz, bienestar, moralidad, ventura! ¡Si ellas les han proporcionado la felicidad que no tienen otros pueblos que se suponen más civilizados! ¡Cómo no han de amar los fueros, si los fueros son su Dios, su religión, su culto!»

Y más adelante, queriendo confirmar que los vascongados todos opinaban como él, y no como el señor Sánchez Silva, pronunció estos hermosos

PÁRRAFOS

SOBRE

IPARRAGUIRRE Y EL GUERNICA

PRONUNCIADOS POR

D. PEDRO DE EGAÑA

«Otro hecho posterior al convenio, hecho de ayer, puede decirse, es el siguiente: En

el campo de D. Cárlos había un jóven bizarrísimo, que tenía el cuerpo acribillado de heridas, el cual fué á la guerra cuando apenas contaba 16 años. Era pastor de una humilde casería del pueblo de Villarreal de Zumárraga. Ese hombre se llamaba «Iparraguirre», el cual, por estar inutilizado de resultas de las heridas que tenía, fué destinado á lo que se llamaba compañía de alabarderos de D. Cárlos. Llegó el convenio, y ese hombre no quería tomar parte en él porque era fanático por la causa del ex-Infante. Fué á Francia, y estuvo comiendo por espacio de más de veinte años el pan del emigrado; tenía buena voz, gallarda presencia, larga y undosa cabellera: vino á las Provincias á vivir como viven los músicos, como un trovador; llamábanle en el país el *bardo vascongado.*

El pobre hombre ha debido morir en Montevideo. Era uno de esos caracteres aventureros que tanto lamentaron el carácter español en los siglos XV y XVI. Iparraguirre quería correr peligros, y no estaba contento sino con grandes emociones. Ese hombre, pues, vino al país vascongado, y repugnándole, después de haber empuñado la espada, arma noble, el volver á la profesión de pastor ó labrador, se dedicó, como digo, á la vida de músico ambulante,

recorriendo el país vascongado y cantando á las muchedumbres canciones relativas á los fueros. ¿Saben los señores senadores la impresión que causaron esas canciones á los dos ó tres meses de haber comenzado á recorrer las provincias el autor y cantador de ellas? Pues causaron tal impresión en los ánimos, que el que á la sazón era Capitán general de las Provincias, el que dignamente estaba al frente de ellas, que era el general Sr. Mazarredo, dió órden de que ese trovador saliera pronto del territorio vascongado. No había cometido ningun crímen, no había predicado el socialismo, no había dicho nada que pudiera lastimar ni poco ni mucho, el principio de autoridad; pero, sin embargo, era tal el entusiasmo que despertaba en las masas con el canto de la vida de los fueros, que hubo de ser expulsado del país.

Señores: Yo he concurrido á oír uno de esos cantos en aquellas montañas. Estaba anunciado que Iparraguirre cantaría la canción titulada «El Arbol de Guernica», que es el símbolo de la libertad foral. Concurrieron de todas las villas, pueblos y caseríos circunvecinos, sobre 6.000 personas. Empezó éste el canto, que voy á tomarme la molestia de leer al Senado. Es corto. Tengo el texto en vascuence, que es

como Iparraguirre lo cantó; pero como sería ridículo leerlo aquí, donde nadie comprende aquélla, no voy á molestar al Senado con tal lectura, y me permitirá simplemente leer la traducción literal, tal como he podido hacerla en castellano.

La canción á que vengo refiriéndome decía así:

«*El árbol de Guernica es para nosotros un árbol bendito. No hay un sólo vascongado que no tiemble de placer al mirarle. Extiende tu copa, y derrama por el mundo tus frutos, ¡oh símbolo santo de nuestras seculares libertades! Nosotros te adoramos, hincados de rodillas,* (y, al decir esto, se prosternaban las 6.000 boinas, cual si fuesen movidas por un resorte ó heridas por una impresión magnética, y se quitaban los sombreros,) *y pedimos al cielo que, si la tempestad azota tus ramas frondosas, y gentes extrañas vienen á destruír tu tronco, el hierro salvador que contienen los senos de nuestros montes se convierta en armas aceradas de todas clases para defenderte.*»

Señores: Al oír estas últimas cláusulas, aquellos hombres, que habían llevado la boina de las batallas durante los seis años de guerra, que tenían un corazón aguerrido, que les chispeaba la sangre, levantaban

los brazos en ademán altivo, jurando morir por los fueros.

Creo que el Gobierno hizo bien al mandar que ese hombre saliese del país, porque, á pesar de que obraba llevado de un sentimiento generoso y noble, era posible que hubiera producido tal impresión en las muchedumbres, que tal vez hubiera sido preciso alguna vez que interviniera la fuerza pública.

Señores: ¡Y luego se dice que los vascongados no quieren los fueros, cuando á un simple canto de una persona obscura, de un pobre pastor convertido en músico, á la sola voz de ese hombre, repito, porque hablaba de los fueros, se movía apiñada la multitud, hincaba su rodilla en la tierra y levantaba al aire sus nervudos brazos para jurar, como los antiguos cántabros, morir por las santas leyes de sus padres!»

III

Increíble parece que los más perspícuos entre los escritores vascongados, se hayan ocupado del zortzico de Iparraguirre *Guernicaco-Arbola (El Arbol de Guernica)*, y denominado vulgarmente *El Guernica*, y no hayan acertado á desentrañar su carácter y

explicar lo que ese himno significa y representa. Yo tengo otra idea, completamente contraria á la de todos los escritores. Quizás me equivoque; pero poseo textos auténticos en que fundar mi creencia. Yo he contemplado con una admiración religiosa á Iparraguirre, cantando, acompañado de su guitarra, el inspirado zortzico. Nos hallábamos en la fábrica de Escalmendi, á orillas de las hermosas márgenes del río Zadorra; reunidos Ricardo Becerro, cuyo nombre será imposible separar del mío siempre que se haya de hablar de la literatura alavesa de este siglo; Sotero Manteli, hombre niño, mártir cuya vida y cuyo genio hemos de dejar consignada en los tomos de esta Biblioteca...; Roque Unzueta, que pudo llegar á ser el más digno émulo y sucesor de Iparraguirre, y que murió víctima de la amistad, con tales dotes y condiciones de ingenio y de gracia, que Dios hará que yo no muera sin publicar un libro retratándole, como recuerdo del amigo cariñoso. Estos, y más, estábamos al

anochecer de un hermoso día que habíamos consagrado á la vida de campo, escuchando y oyendo á Iparraguirre la larga historia de su vida de aventuras, venturas y desventuras, unas veces relatando y otras entonando cánticos. Era ya como la despedida aquel último momento: Iparraguirre entonó *El Guernica;* su voz no tenía el timbre ni el vigor de pasados tiempos, pero ¡cómo sentía! No había llegado á los últimos versos de *El Guernica* y sus ojos eran dos hilos de lágrimas, y todos nosotros llorábamos sin poderlo remediar; tal era la emoción que experimentábamos. Todo aquello que tan admirablemente expresaba Iparraguirre, era paz, era amor, era fraternidad; parecía que en los símbolos más queridos de los vascongados se encerraba sólo el amor á los semejantes; el anhelo de que la discordia no turbase la tranquilidad de los pueblos; y entonces consideraba que tenían razón lo mismo el malogrado y valiosísimo Pepe Manterola, al decir «que es canto de paz, de

amor y de cariño á las sábias instituciones que por largos siglos han hecho la felicidad de este pobre, pero honrado rincón de España», que el admirable periodista Sr. Mañé y Flaquer, al comparar su música á la «melancolía de una madre acariciando al hijo cuya vida ve en peligro»; y Peña y Goñi escribiendo «que es el canto del consuelo».

Mas, otro día, en otra ocasión solemne, juntos en la casa patriarcal de los Herrán, á cuya familia tendrá Vitoria que hacer justicia andando los tiempos, por sus grandes servicios, —y séame perdonada esta expresión inmodesta, en gracia de la justicia— que á la sazón cobijaba, honrándose muy mucho, al más grande orador que ha tenido la lengua castellana, á Emilio Castelar, en medio de un centenar de amigos muy queridos de los dueños de la casa y del insigne huésped, un jóven vitoriano, Bernardo Acha, que ha tenido alma de vascongado como pocos, sin más conocimiento de la música que la intuición

que le prestaba su inmensa pasión por la tierra vasca, entonó *El Guernica* con una valentía, un vigor y una entonación de que no hay memoria, y, al concluir, todos aquellos que le escuchaban se levantaron electrizados, prorrumpiendo en aplausos, en bravos y enhorabuenas. Aquel arrebato no era la expresión del afecto íntimo que puede adormecer, muriendo el alma en un delicioso éxtasis; aquellos arrebatos engendraban un entusiasmo viríl, frenético, desvariado, y yo pensaba que esos son los síntomas precursores de la decisión de un alma que conduce al heroísmo; no de otro modo habían sido héroes en sus arrebatos todos los hombres ilustres de la historia. Y en tales momentos formé mi juicio completo sobre *El Guernica.* Si allí se causaba ese efecto, ¡cuán más grande no habría sido el causado al aire libre á un público ansioso y enardecido que escuchara al cantante! No podía dudarse de que era cierto este segundo juicio mío sobre *El Guernica;* pero como de igual modo

había juzgado cierto y exacto el de la otra audición, era preciso considerar que el hermoso *Guernicaco Arbola* tenía ambos caracteres. Y así era, y así es. Estoy convencido de que lo que dará eternamente valor á este himno, es la completa adaptación de ese himno poético y músico con el caráter del país vascongado; su doble cualidad: amoroso, pacífico, fraternal, respetuoso, sencillo y humilde en la paz; viríl, enérgico, belicoso, resistente, impertérrito y constante en la guerra, cuando defiende las queridas adoraciones del alma vascongada. Tal es el vascongado, y tal es *El Guernica;* y en todas sus estrofas resplandecen estos sentimientos.

Si acierto ó yerro en mis juicios, el tiempo lo dirá; pero abrigo esta convicción profundísima: cuando quiera causarse una impresión determinada á un público vascongado, se logrará con producciones del mismo Iparraguirre; ahí está su zortzico *Adios, nere biotzeko, amacho maitia, (Adiós, madrecita de mi alma)*, y acaso, al

oírlo, asomen las lágrimas á los ojos; pero, creedme; cuando se quiera arrebatar al pueblo vascongado, no habrá más remedio que cantarle.

Guernicaco Arbola

DA BEDEIN CATUBA

(EL ARBOL DE GUERNICA ES BENDITO).

Y será inútil que entoneis otros de nuestros hermosos y valientes zortzicos, porque el pueblo vascongado no se conformará sino con *El Guernica*; y allá donde se escuche *La Marsellesa* para el pueblo francés; la *Jota aragonesa*, *Cádiz* y el *Himno de Riego* para el pueblo español, tendrá que escucharse también *El Guernica* para el pueblo vascongado.

Si no podemos menos de convenir en que *El Guernica* es nuestro zortzico más popular, debemos contribuir á rodearle de todos los encantos posibles y de que sea conocido por el mayor número de los que tienen amor á la tierra vascongada.

Para ello interesa sobremanera que

se haga una buena, inspirada y perfecta versión en lengua castellana. Es, verdaderamente, difícil su traducción, tanto, que ésta, en prosa, resulta pobrísima é incolora; y los esfuerzos, también increíbles, de muchos años, que hizo Trueba, no fueron premiados por el éxito, pues dejan mucho que desear, así en la fidelidad como en la poesía y versificación. En tal estado, el primer Certámen de cualquiera corporación ó colectividad vascongada debiera tener como su predilecto tema la traducción al castellano del canto de Iparraguirre. Todo lo más bello y todo lo más fiel; unas veces vencería la belleza á la fidelidad, otras la fidelidad á la belleza; algún día nos encontraríamos con la perfección y la armonía. No de otro modo pintores de excelso mérito y renombre han idealizado en sus retratos faltando á la verdad, y malos dibujantes y pintores á lo Orbaneja han retratado con verdad asombrosa, pero prosáica; alguna vez, sin embargo, ha llegado el pintor inmortal llamado Velázquez,

Ticiano, Rubens, Rembrant ó Goya á producir la obra artística.

Ese día puede también llegar para la traducción de *El Guernica*, y, hasta conseguirlo, todos debemos mostrar el mayor empeño porque en la lengua del pueblo que más ha sabido luchar por su independencia; en la lengua con cuyos acentos se ha engrandecido el planeta con los más grandes descubrimientos que ha conocido la tierra, se entone en cánticos de adoración á nuestro bendito *Arbol de Guernica*.

FERMÍN HERRÁN.

Bilbao, 4 de Agosto de 1896.

ÍNDICE

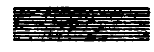
LA MUERTE DE IPARRAGUIRRE


Se imprimió
en Julio de 1896.

BIBLIOTECA BASCONGADA

TOMO II

PRECIO DOS PESETAS

Ejemplar número 

PERTENECE AL

Sr. D. ....

....

